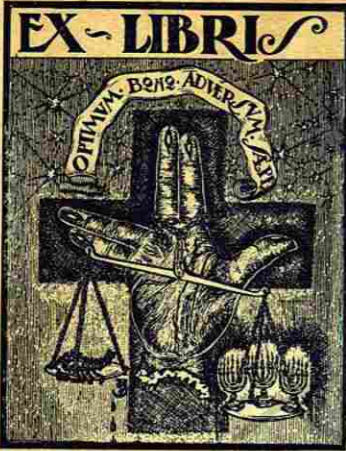


232  
8

F123  
R68



8851—INDEPENDENCIA.—Relación Histórica de lo acontecido al Lic. don Juan Nepomuceno Rosains como insurgente. Imprenta Nacional. Puebla y Enero de 1823. 21 pp. 29 cms. Rúst. \$ 600.00  
Valiosa documentación biográfica.

LA BIBLIOGRAFÍA. —

NOVIEMBRE - DICIEMBRE, 1955



1020002338

*Terencio Barreda e Ibarra*

*Es uno de los folletos más raros de la bibliografía mexicana relativa a la Independencia. Lo hallé de ocasión. Pague: \$120. (Cien veinte pesos) pero vale más. IGH. abril de 1940.*

U A N L

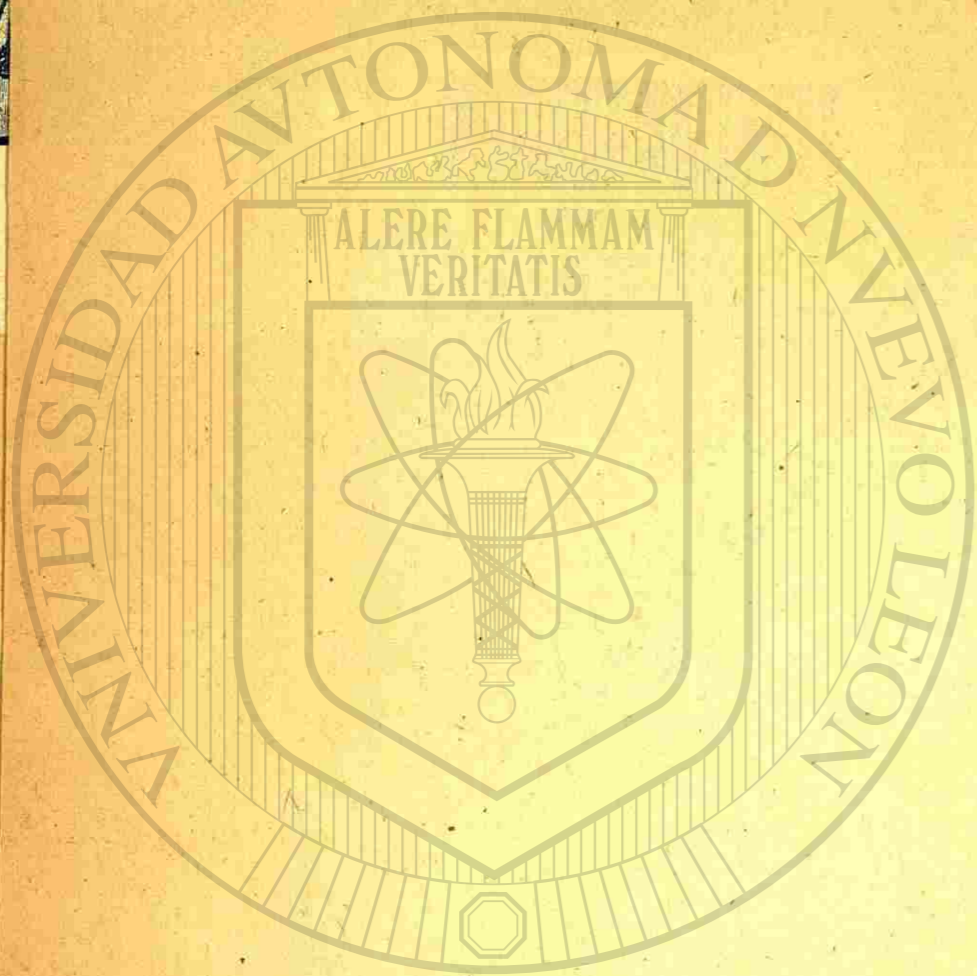
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EX

108



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



104050

RELACION HISTORICA ✓

DE LO ACONTECIDO AL LIC.

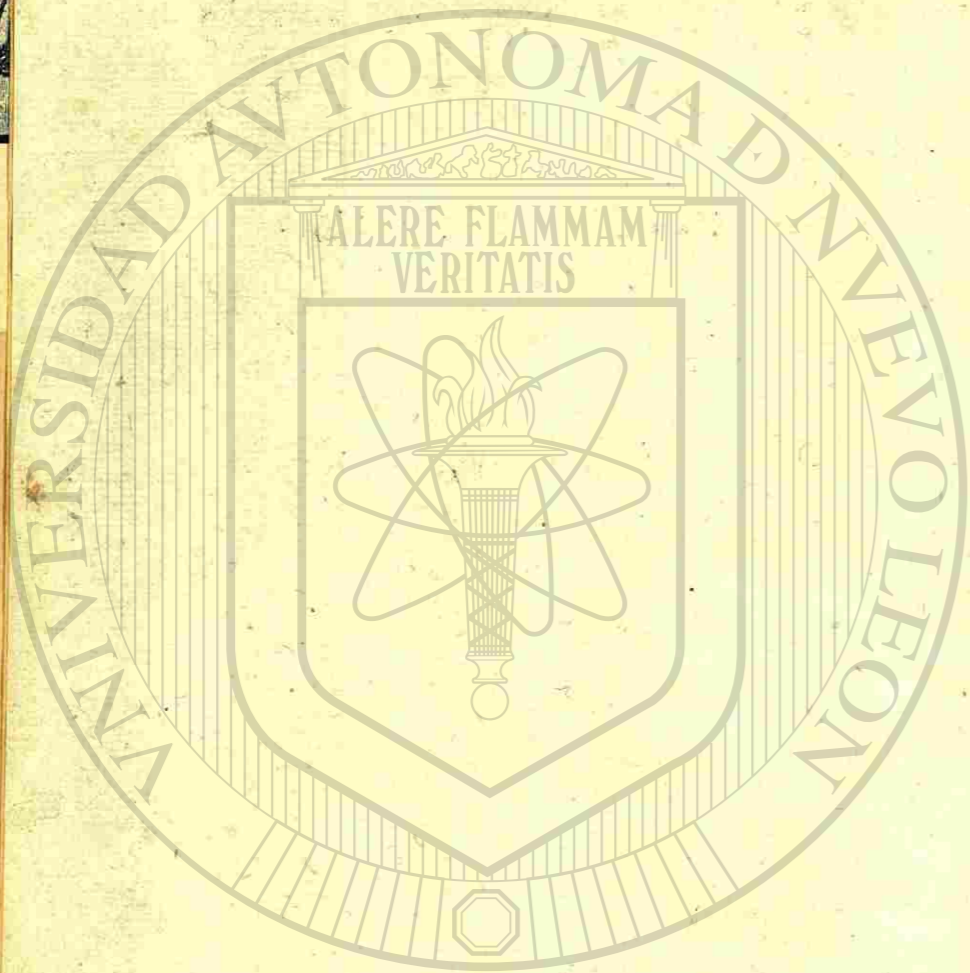
DON JUAN NEPOMUCENO ROSAINS ✓

COMO INSURGENTE.

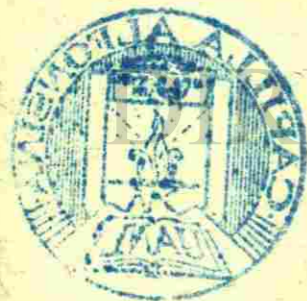
U A N L



*Ten Herrera Trujeda  
Secretario,  
Octubre 27, 1939*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



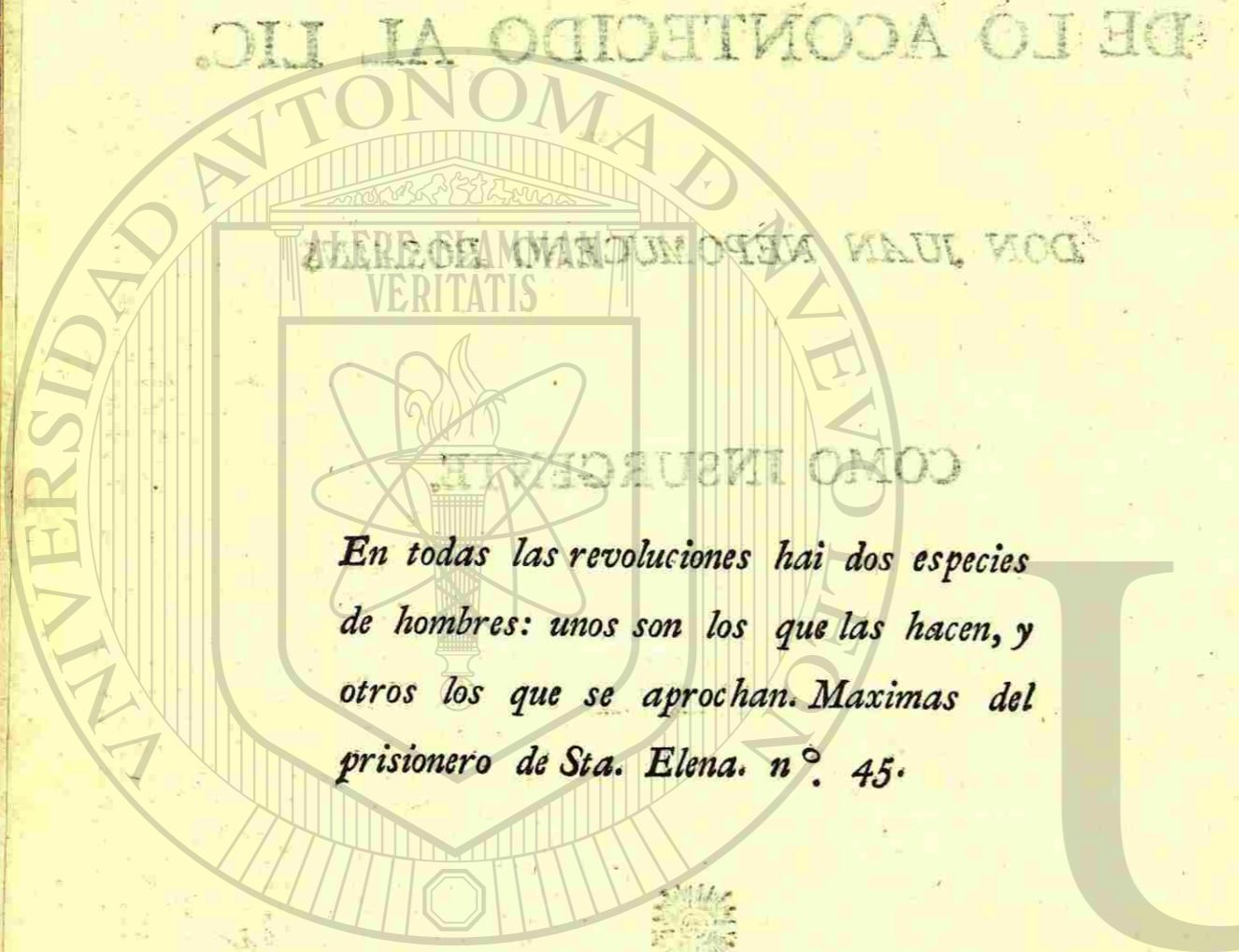
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PUEBLA Y ENERO DE 1823. ✓

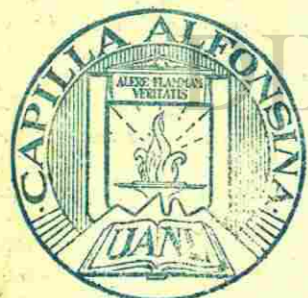
IMPRENTA NACIONAL. ✓



F 1232 ✓  
R68



*En todas las revoluciones hai dos especies de hombres: unos son los que las hacen, y otros los que se aprovechan. Maximas del prisionero de Sta. Elena. n.º 45.*



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

**T**ribunal respetable y poderoso, á tí ocurre sumiso un hombre que en pocos meses pasó grandes aprietos, conflictos extremados, debates peligrosos, y que mancillado en su honor, y arruinado en su fortuna, no quiere mas que tu benevolencia en la calificación de sus hechos. Tu opinion es la soberana de la tierra; ella alienta al soldado para arrostrar á la muerte, ella hace que los ejércitos depongan el furor, y echen las armas al suelo; ella corona los esfuerzos de los beneméritos, y abate la falsa gloria de los intrigantes, y páfidos, perpetuando en las páginas de la historia los móviles, y resortes de sus acciones: ella influye en los establecimientos, y muda las constituciones de los estados, ella pone el cetro á los príncipes, y echa por tierra los tronos mas soberbios: ella como que es el conjunto del raciocinio de los hombres está expuesta al error; pero tiene la ventaja de que la mejor arma para atacar su poder es la razon, y que tarde ó temprano viene á ceder á su impulso, ya salga del devil, ya del potentado. La seducción, el brillo, la esperanza, y el temor la desquician, y extravian, y se hace injusta y parcial; mas no es esta á la que dirijo mis votos, sino á la que desde la calma de las pasiones llama al severo juicio de su censura los acontecimientos humanos. Plegue á Dios que ella presida é influya en todas las grandes providencias que aora necesita mi pátria para hacerse feliz.

INTRODUCCION.

Por virtuoso que sea un gefe de partido jamas carecerá de enemigos; y cuanto en mayor desvarato se halle este, y cuanta mas apurada la honradez de aquel, tanto mas se ha de aumentar el número de los mal querientes, y los progresos de la maledicencia. El tiene necesidad de cargar el peso de todos los poderes: conferir los empleos de todas clases, imponer las contribuciones, administrar la justicia, y dirigir las batallas; ¡Y todo esto que de tropiezos y de dificultades no acarrea! El ambicioso sin medida, el inepto sin conocerlo, el presumtuoso soberbio, son otros tantos quejosos de que no obtienen los primeros puestos, y de que no dominan al gefe mismo. El egoista y el avaro se dan por resentidos de que se les pida un ardite; y aun cuando su opinion se conserve firme querrian que todos espasiesen la vida sin premio, y que lograda la empresa los escaltaran, solo por que decian pensavan de un mismo modo. El bribon que se castiga, el cobarde que se reprende, el discolo á quien se disimula, todos todos miran con asinco, y tezon la reputacion y buen crédito del que los gobierna. Estos son unos principios de aversion, de que no se verá exempto ningun gefe de partido; mas el que se encontrare en una revolucion tan desconcertada, cual lo estaba la nuestra al tiempo que fui nombrado general, tendrá que andar un camino sembrado de peligrosísimos abrojos, y en el que no encontrará otra cosa, que á la envidia, el resentimiento, la murmuracion, la perfidia y la traicion. Divididos los dos primeros caudillos por el generalisimato, se dividió tambien el ejército: se devilitó por lo mismo, fue batido y dispersado en Calderon; y la traicion, que por lo comun espera estos momentos, los entregó en Acátita, á los tiranos y fueron fusilados. Erixiose en Citácuaro una junta, y el dia mismo de su instalacion comenzaron á ser enemigos los tres que la componian; porque el Sr. Rayon quiso ser su presidente perpetuo. Conviniéronse en ser generales, y queriendo aquel conservar su superioridad, y estos ser independientes, prodigaron los títulos para aumentar sus partidos, y hubo tenientes generales, mariscales, brigadieres, y coroneles hombres sin educacion; y sin luces. Los tres fueron destruidos, aprovechando el enemigo la coyuntura; pero quedaron los oficiales generales á merced de los pueblos que los recibian por comandantes. Reconcentrarlos á todos á la unidad de la obediencia, y de la opinion, fue la única mira política, que disculpó el siage del Sr. Morelos á Valladolid. Desvaratado allí, y en la marcha retrogada que hicimos, fui creado teniente general, cuando desapareció la fuerza, se perdió la opinion, se dividieron los pareceres del congreso, chocaron los poderes legislativo, y ejecutivo, y vino el Sr Rayón, por las mistecas y Oaxaca, á destruir el concepto de su antiguo rival, y á preparar los ánimos contra mí, como hechura de aquel. Apoderados entonces los hombres sin conocimientos de las riendas del mando militar: faltó una fuerza preponderante, que los contuviera, y cada cual se demarcó un territorio: se hizo soberano de él: señaló impuestos, dió empleos, usurpó propiedades, y quitó vidas: hirvieron las pasiones: se confundió la libertad con la licencia y el libertinage; y el pais insurreccionado se volvió un cahos de horror, y de confusion; en el que solo podia mantener al hombre de bien el poderoso estímulo de su honor. No por esto se crea que deprimio á los americanos. Lo mismo habria sucedido en cualquiera nacion bajo iguales antecedentes. La ignorancia y la desmoralizacion son aquí un resultado forzoso del despotismo con que fuimos revidos; obraron segun sus alcances, no previeron las consecuencias, pero todos se expusieron á la vez, abrieron las puertas á la libertad de pensar: se reflexionó en los recursos de la nacion, y últimamente allanaron el camino de la independencia. En tan deplorable situacion, comenzabamos á experimentar la generosidad anglo-americana; con cuyo fomento se hubieran repuesto algo nuestros males. Un ambicioso que siempre pensó de si con las ventajas que no tiene, y que soñó reunir bajo su mando á los disidentes, me hizo traicion, disolvió el congreso, ocasionó la muerte del Sr. Morelos, entregó la fortaleza de Tehuacan, y sepultó la insurreccion en sus ruinas. Convertido por esta causa de general en hombre particular, á merced de un gobierno que detesté, y que me aborrecia, y rodeado de los émulos que se empeñaban en solapar sus crímenes, denigrándome en medio de un pueblo, que como todos los de la tierra, cre y vocifera cuanto malo se dice, del que cae de un elevado puesto, se desató la calumnia contra mí como un torrente, y me envolvió en sus oladas. Sepultado en el fango del abatimiento, no me ha sido tan sensible la escases y miseria, que padecen mis hijos, cuanto el descrédito con que se ajaba mi honor, sin presentarse ocasion de reponerlo. El parecer de la comision de premios, dado en siete de junio del año anterior, comunicó un calor suave á mi marchitada existencia política; pero como llegó á mis noticias muy tarde; cuando iba á presentar al congreso la relacion de mis hechos, comenzaron los síntomas á indicar su disolucion, y la dediqué al público imparcial, juez único de quien devia esperar un juicio equitativo.

# INGRESO A LA INSURRECCION: MOTIVOS QUE HUBO PARA ELLO, GRAVE RIESGO

GORRIDO CON LA PARTIDA DE MAXIMO MACHORRO. PRISION QUE A ESTO SIGUIO, Y modo de conseguir la libertad.

Procésado dos veces en Tehuacan el año de ochocientos diez, por adicto á la libertad, y apurado contra mí por los españoles de aquel suelo cuanto la malicia tiene de mas sagaz, y de mas odioso el encono, me pusieron en la precision de disparar un pistoletazo al criminalísimo agente de sus miras, y salir del lugar, para la hacienda de la Rinconada, resuelto á dedicarme á la labranza.

En efecto, empleé mi capital en este ramo, lisonjeándome de que disfrutaria algun reposo; pero á muy poco tiempo cundió la revolucion por toda aquella circunferencia: se decidió un clérigo rico, cura interino del Pueblo de San Salvador, y de no poco influxo entre aquellas gentes. El, y todos no podian menos que dirigir sus miradas á un letrado; raro en aquellas poblaciones, de cuya opinion no se dudaba, y á quien sabian que los vecinos de Tecamachalco pidieron por comandante al Sr. Morelos, dirigiendo su solicitud por conducto del padre Sanchez; que se hallaba á la sazón en Izucar. Fue necesario precipitar un lance, que si bien alagaba toda mi alma, estaba detenido en las puertas de un mero proyecto, por las irregularidades que advertia: y el tres de Abril de 1811. juré solemnemente perder la vida en defenza de la libertad de mi patria.

Desde luego propuse á aquel eclesiástico, que nuestras operaciones no podian ser iguales á las de los bandidos, que sin principios, ni sistema, hostilizaban sin discrecion, é impedían el curso rápido de una empresa; á la que por una especie de magia, parecian alentados todos los nativos del pais. El arvitrio mas proporcionado al intento, creí que era comprometer á sujetos, que tubieran intereses, para que pensasen con mas honor: y como todos deseaban ver algun arreglo, se alistaron en nueve dias á nuestras órdenes mas de setecientos hombres, desde San Andres, hasta Nopalucan, y desde el pueblo de Quechula, hasta Tepeyahualco.

Aunque tan prósperos principios nos devian alentar, éramos recién nacidos, para esperar una divison del rey, que de Puebla se nos avisó con certeza, iba á salir. Y como el padre Tarelo era mas codicioso que resuelto, hizo que escribiesemos al señor Campillo, que nos indultaríamos, con tal de que se nos obligase á abandonar nuestros bienes, ni á hacer alguna demostracion exterior, que diese á conocer este paso, por el peligro que envolvía. Aquel Obispo, conoció desde luego la astucia, y contestó exórtándonos, á que se adoptase esta medida con verdad.

Tarelo, convirtió en veras el ardid; y yo tube que convocar una junta; á la que puse de madre D. Jose Juan Amador; quien de veras habia impetrado el indulto. El dia de estos acontecimientos, llegó el licenciado D. Rafael Argüelles; que con el cura Moctesuma, y otros vecinos de Orizava habian formado un cuartel en Zongolica: le comuniqué mis planes de subsistencia, y reforma; que le agradaron sobre manera; y quedamos convenidos en que los aceptaria Zongolica, é iria de embiado cerca de Osorno, para uniformar sus ideas, y obrar de acuerdo.

Apenas íbamos conciliando el sueño, después lisonjearnos del feliz resultado, que devian producir nuestras meditaciones, cuando un tropel de bandidos nos asalta, comandados por Maximo Machorro, y el padre Ibarbuen, guiados por el rumor del indulto, y por el ladrón Segura; que el dia antes habia espelido de la division. Fue en vano, representar á Ibarbuen la junta de ese dia, y la prision del padre Amador, que removian toda sospecha; porque este capellan era tan manso, que siempre declamaba contra las piedadades de Arroyo; y como estaba ademas perturbado por el espíritu de vino, se mostró incoherente á nuestras representaciones: nos maltrató con exeso: nos ataron con una reata, y fui condenado á muerte sin remedio.

Como acudieron todos, á la prision del padre Tarelo; que por una ventana habia escapado, solos cuatro quedaron con nosotros; y no se atrevieron á oponerse, cuando yo dixé á Argüelles, vámonos á la plaza; y diciéndolo y haciendo, pude acercarme á la puerta de un cuarto, donde habia cincuenta fusiles. A poca diligencia, nos quitamos la reata; reconviene á Machorro por su atentado: contestó con insolencia: le di en la cara un cañonazo; me disparó una pistola, y yo le atravecé los vaquios con una bala.

Sesenta y tantos hombres nos hacian fuego, y de todos me defendi con un criado, ayudando al buen éxito de nuestra temeridad, que los fusiles estaban recién cargados, Ibarbuen, huyó apié hasta Tepeaca, Machorro, quedó tendido, nos dejaron doce Caballos, y se dirigió la chusma á la Rinconada, donde robaron hasta los zapatos viejos: y mi muger con mis hijos caminaron á pie á un serro.

La consecuencia de esta aventura, devia ser forzosamente la venganza de Arroyo y de Machorro: yo la temia poco, contado con la reunion de los devotos que en San Andres teniamos; y se presentaba ocasion de abatir á los Sansculotes, que era una de mis principales miras. Asi se convino en lo pronto, aunque aparentemente; pues el Padre Tarelo que se hallaba en el Pueblo en que era Cura lambrador, y comerciante: que tenia demasiada codicia para esponder sus bienes: que me devia cerca de dos mil pesos: que no ignoraba el respeto que la gente del pais tributa á los de su esfera: que sabia y se conformaban con su genio, las esterioresidades de que se pagaban los de aquella calaña, me propuso que me mantuviese tranquilo; que lo demas era esponder la poblacion; y que los vecinos irian á encontrar á los que viniesen con estandarte y braseros de saumerio.

Ya se deja entender, que yo no podia quietarme con semejante estravagancia; y por lo mismo tomando mi caballo, me dirigia á San Andres; pero ya el padre Tarelo, habia formado la resolucion de apaciguar á aquellas furias, con la ofrenda de mi persona: despachó tropa de San Salvador, á que me hiciera retroceder; y como yo no esperaba tanta maldad, creí que aquellos soldados iban tambien á

escaparse, siguiendo mi direccion; mas luego que se me aproximaron, me pusieron las armas en el pecho, é intimaron la órden de volverme á nombre de Tarelo.

Entonces percibi, todo el peso de mi desgracia, y el fondo obscuro de las maquinaciones de aquel clérigo: algunas expresiones fuertes le dixé, mientras llegaron trescientos hombres embiados por Machorro, y Arroyo; quienes en el momento me mandaron poner un grillete y me condujeron preso á Acapulco; de allí, me trasladaron á Tepeaca, donde habiera peresido al filo del machete de Arroyo, á no ser por las lágrimas de mi virtuoso maestro el Sr. Monteagudo.

A los dos dias esperaban la division de D. Ciriaco de Llano que iba á atacar sus parapetos, y yo sali la vispera en la tarde atado de los brazos, encomendado al Bendito, para que me asesinara, quien me trasladó esa noche á un calabozo infernal de la hacienda de San Gerónimo, y después al de Tepexi; de donde tube oportunidad de escribir al Sr. Morelos. Treinta y dos dias estube en aquella cárcel sirviéndome un capoton de abrigo y cama, y un leño de cabezera, molestando de las sabandijas propias de aquel temperamento y esperando la muerte en cada instante.

Esa era la sentencia del carnicero é inexorable Arroyo, cuya execucion no se puso en práctica por la espantosa dispercion en que quedaron, á consecuencia del brusco é inconsiderado combate de Tepeaca; no tirando la rienda á su caballo mi juez terrible hasta los bosques de Xico. Al fin del término dicho, llegó el correo que habia yo dirigido á Chilapa con el decreto de mi libertad, y se confirmó mi corazon en el afecto al Sr. Morelos contemplándole desde entonces como un tercer autor de mi existencia.

Sali de aquel pueblo para Izucar con el Sr. D. Antonio Sesma, que tambien estaba arrestado; y aunque hubiera querido desde luego unirme con mi libertador, lo impidió una comision de Sr. Matamoros, reducida á que removiese gente, y recojiera robos y ladrones, en cuyo viaje me desengañé, de que el padre Tarelo no era otra cosa que un ladrón, pues que encontré en su hacienda las ovejas y cerdos de Teoloyuca: y no se realizaron mis deseos hasta Tehuacan.

## NOMBRAMIENTO DE AUDITOR GENERAL, TOMA DE OAXACA: VIAJE Á LA COSTA DEL

SUR, NOMBRAMIENTO DE SECRETARIO GENERAL, RENDICION DE ACAPULCO, INSTALACION

del congreso, nombramiento de secretario del poder ejecutivo, jornadas desgraciadas

de Valladolid, y Puararán.

Luego que me presenté al Sr. Morelos me condecoro con el título de auditor general del Ejercito; y aunque este empleo sea del orden diplomático, yo queria hacer el aprendizaje de la guerra, y me presentaba como un soldado en los combates. Entré con la banguardia en Oaxaca: se me rompieron las riendas del caballo en la plaza, casi á la sazón misma, que de palacio nos tiraron un cañonazo: me sacó un criado fiel tirando del cabestro; y como esta aptitud parecia de prisionero, me dispararon seis fusilazos en la esquina de la Soledad, de que liberte felizmente y salí en busca del Sr. Morelos, al lugar que me habia designado para que entrara triunfante: en donde por honor de aquel Heróe, y oprobio de los que aseguran que se perseguian ciegamente á los gachupines, es necesario decir que solo se fusilaron tres; Gris, su esposo de Doña Teresa Rivas, y otros no recibieron leccion en sus bienes, ni en sus personas: lo mismo que sucedió en Tehuacan y Orizava, y que todos los empleos civiles se dieron á los del pais con excepcion de tres subdelegaciones.

Nunca faltan Zolitos de aquellos arrastrados, que no pudiendo dar de sí cosa buena, cifien sus alcances políticos al pequeño y grocero recinto de la calumnia; por ellos se rebajó algo la estimacion del general á mi, y yo resolví quedarme en aquella ciudad; pero fueron tan insinuantes y reiteradas sus instancias, que huve de partir en su alcance á Tlajico, abandonado en Teposcolula mi equipage á la voluntad de un criado; que se enfermó, y muriendo después, perdí ambas cosas.

Desde la poblacion insinuada, llebé el diario de nuestras marchas con la descripcion topográfica de los caminos y pueblos, sus producciones y familias, y los sucesos de la guerra acacidos en alguno de ellos. Padecí en este viaje todos los males de la miseria, y el temperamento, alimento de topo y agua, dormir al sereno, aguantar el mosco, pinolillo, garrapata, &c. pero todo con gusto en compañía de Carlosdoce de Méjico; cuyo banquete el dia de su santo, que pasamos en Cruz grande, fus chicharron de chibato medio podrido.

Después de recorrer los parajes memorables de la sorpresa de Paris, las batallas de la Sabana, el Veladero y pie de la cuesta, campamos en el cerro de las Iguanas, distante de Acapulco, poco mas de un cuarto de legua. Como el dia que se atacó el pueblo no habia quedado á las nueve de la mañana mas que la escolta, donde hacian fuego cincuenta y tantos cañones, y no tenia aquella otro recurso que meterse en las casas á disparar por los abujeros, que la artilleria formaba, creíamos cosa imposible que dejarse de perecer: y burladas las órdenes del Sr. Morelos para que auxiliasen las otras divisiones, me determiné bajar en compañía de D. Juan Almonte, á buscar á Galeana por una bereda que el mismo General admiró, sin embargo de su impavidez: ella estaba al frente del baluarte del hospital, muy cerca del Padastro y descubierta al castillo. No se logró que auxiliasen, pero sí la victoria á la oracion de la noche. En el relacionado punto de las Iguanas, fui nombrado secretario general, título algo desconocido, pero que con él quiso honrarme quien podia hacerlo: y me parece que todos advirtieron mayor celebridad, y mejor asierto en el despacho y contestaciones.

Seis meses duró el sitio de S. Carlos, y otros tantos pasamos de una hambre, que valió medio una tortilla, y un real un Plátano, y de una peste tan mortífera, que de mil cuatrocientos hombres que allí llegamos, apenas quedaban de trescientos los que salimos. Yo estaba con las piernas llagadas, chinelas de baqueta, y un pantalón de ralladillo; pero así se despachaba sin retardación la correspondencia inmensa que demandaba una comandancia sin tribunales, y cuyos límites eran desde las orillas de Goatemala, hasta la Coaguayana, y desde Acapulco hasta Veracruz, inclusa la Capital; cuyo correo no era corto: así se formaban los cuarteles, y desde Acapulco en cuya presencia decía el Sr. Morelos, que había de encarar la rodilla: así se reanimaba en Valladolid el espíritu patriótico, ya extinguido por los combates que entre sí se dieron los tres generales: así se aplacaban las diferencias de ellos; así se aquietaba á Zitácuaro, que quería dar la muerte al Sr. Rayón; así se libertaba la vida de Sr. Liciaga prisionero de aquel, así se removían los obstáculos que oponía para la erección del congreso, así se examinaban varias constituciones todas poco conformes á las ideas filantrópicas de aquel grande hombre.

En medio de todo esto, no nos dejaban los peligros de la guerra: almorzando en una barranquilla, cayó una bomba tan cerca de nosotros que apenas pudo el Sr. Morelos esconder tras una piedra la cara. Comiendo una sandía tras un peñasco, boló la cima un tiro de cañón. Quisieron parlamentar, y fui yo á hacerlo con Reguera á cien varas del castillo; lance bien arriesgado supuesta la mala fé de nuestros antiguos amos.

Chilpancingo fué el reposo de tanta fatiga en donde erixido el congreso, dejó el poder ejecutivo en manos del Sr. Morelos, y yo fui nombrado Secretario. Ya se entiende que no habiendo ministros, el destino era mas de lo que sonaba. Siguióse la memorable y desgraciadísima marcha de Valladolid en la que se cometieron tantos errores, cuantos Calleja disfrazado no pudiera inventar: ellos tuvieron sus motivos, que no es del caso referir hasta decir por ahora que el 24 de Diciembre de 813, contra toda mi voluntad, y á pesar de mis repulsas, dió orden el Sr. Morelos que á las cinco de la tarde se pasase una revista general; á la que debían asistir hasta los cosineros.

Debí distribuir la Tropa el Sr. Matamoros, quien colocó la infantería en el llano en una sola fila, y la caballería en el cerro de santa María en la misma situación. Yo formé á la cabeza de una compañía de valientes llamada de los pares; y confiso que se me heló la sangre cuando ví tan extraña orden de batalla: pero me consolé muy luego por que no siendo los enemigos mas diestros que nosotros, echaron fuera de Valladolid cosa de cuatrocientos hombres en una formación casi tan sencilla como la nuestra, de modo que á la cuarta descarga no estaba uno en su lugar: nos dejaron un cañón; Inclán y mi sobrino entraron hasta el parapeto donde mataron dos hombres.

Las sombras de la noche ya comenzaban á cubrirnos, cuando asomó el P. Nabarrete por una loma del costado izquierdo, acia el campo del Sr. Matamoros; ni uno ni otro tenia la debida noticia, y se rompieron el fuego creyéndose enemigos: algunos dragones ebrios subieron por el costado derecho, se hizo la confusión general, y no permitiendo la obscuridad distinguirse, se mataron los nuestros entre sí, con un furor y facilidad, cual no es capaz se haya visto en la mas sangrienta batalla.

Sola una parte del centro donde estaba mi compañía y la escolta, se habia conservado inmóvil; y como entre el laberinto espantoso se propagase la voz de que se llevaban al general, me precipité como un rayo para el camino de Valladolid, en donde nada encontré, y retrocediendo á mi puesto, creyeron los de la loma que éramos enemigos, y nos dispararon á quemar ropa; mataron uno de la compañía, le quebraron el codo al que iba cerca de mí, le dieron un balazo en el pescuezo al cura de Petatán al tiempo que yo le hablaba, la compañía se dispersó; y entre innumerables balas andube buscando al general hasta que lo encontré.

Su comitiva se componia, de D. Juan Almonte, el capellán Gutierrez y tres fieles del Potosí; quienes sin duda nada le habian hecho, porque montó en silla militar rarísima entre los insurgentes. Yo le avisé desde luego, que aquellos eran desconocidos, pero no lo quiso creer, hasta que disparando uno sobre el capellán Gutierrez le traspasó los riñones. Maté dos con las pistolas, y el Lic. Arguelles, que poco antes se nos habia reunido tuvo la fiera de ponerse á manpueto, y quitarle al tercero la borrachera.

#### RETIRADA DE VALLADOLID, NOMBRAMIENTO DE TENIENTE GENERAL,

#### ATAQUE DE CHICHIHUALCO, DESERACIA ACAESIDA EN LA LOMA DE LAS

Animas cerca de Tlacotepeque.

El malhadado suceso del 24 de diciembre, y la espantosa derrota de Puruarán, debieron estrecharnos á buscar las provincias donde con mas concepto y auxilios pudieramos en partes reparar nuestras ruinas. La hambrienta escasez de los pueblos, y el excesivo estropeo de los soldados derrotados y dispersos por todas partes, era preciso que nos obligara á hacer algunas paradas á pesar de conocer el riesgo de la tardanza. La primera fué en el pueblo de Coyuca; desde donde quiso el generalísimo darme á reconocer por teniente general; era muy crítica nuestra situación para admitir risueño el empleo, y por otra parte temia los zelos que debían suscitarse entre los militares al ver un diplomático colocado en aquel rango. No valió mi resistencia; y como á los quince dias fué formada la tropa en Axuchitlan, y tomé posesión de la banda.

Nuestras marchas se dirixian á Tlacotepeque, donde se hallaban los Señores del congreso con propósito de hacer dimitir al Sr. Morelos el poder ejecutivo. Era muy corto todavia el influjo de aquellos y muy res-

petable este hombre, para atreverse á proponérselo con descaro. El Exmo. Sr. Herrera, actualmente ministro, salió á encontrarme á media legua para proponerme el proyecto y tantear mis sentimientos: como que era imposible que en aquellas circunstancias gravitara tanto peso sobre las fuerzas de un hombre solo, le fondé el corazón al magnánimo Morelos, y no encontré repugnancia.

Comuniqué á los vocales su docilidad, y hasta el tercero dia por la noche no se atrevieron á efectuar la sesión condécate; en la que fue necesario que yo rompiese su silencio; y no tocando la materia sino muy por encima, puso aquel grande hombre un papel de su puño, en que á más de hacer renuncia del poder ejecutivo, aseguró que si sus hermanos no lo creían á propósito mas que para mandar una com-

Cuando en Tlacotepeque, pasaban estos sucesos, Armijo habia derrotado ya en las márgenes del mescala al Sr. D. Miguel Bravo, y abanzaba con diligencia sobre el Sur, para completar la línea de intersección. Chichihualco, es el granero de todos aquellos pueblos, y la única esperanza para nuestro socorro, en ocasion que por las escases no podíamos permanecer en lugar alguno tres dias.

Para que no penetrase allí Armijo se adelantó con anticipacion al Sr. Guerrero, prevenido de schar á aquella hacienda con el mismo designio: contando con que se hallaba en aquel punto la división ya aunque se contaba con mil y seiscientos hombres, no llegaban á trecientas las armas útiles; de ellas dejó cincuenta al generalísimo, y partí con el resto al parage donde me he visto en uno de los mayores peligros.

Quería volar, por acercarme á los Sres. Guerrero y D. Victor. Un paso solo era muy fácil defender de cuatriplicado número de soldados, pero cuanta fue mi sorpresa al encontrarme con que el primero habia abandonado el puesto, pero cuanta fue mi sorpresa al encontrarme con que parecia al segundo, ni uno de los dispersos, y que Armijo ya estaba muy inmediato. Recurrí al Sr. D. Nicolás Bravo, para que como práctico en su misma casa me instruyese de las entradas, y posesion, mas defensible; esta era ninguna, y aquellas cuatro: el camino Real, una vereda sobre nuestra derecha, otra vereda en el centro y una Barranca camino tambien muy practicable, por nuestra izquierda. Mi- á práctico lo mismo.

Eran mas de las cinco de la tarde, cuando retrocedia de aquel puesto á reconocer este otro, y encontrándome con el Sr. Bravo, me impuso de que nada habia hecho, por estar el enemigo apoderado de la barranca, y que no quedaba recurso de defensa. Volví á la hacienda donde me hallé con dos de la división de Armijo, cojidos por los indios; quienes declararon componerse su fuerza de mil setecientos hombres, campados ya en un serro del frente, distante de nosotros poco mas de una legua.

En semejante aprieto, convoqué junta de oficiales, á quienes hice presente nuestro estado, y ser aquellas armas el último resto del ejército, y casi de la nacion: todos votaron que nos retirásemos á la loma, del Limon punto muy militar, menos Sr. Galeana que desde luego entró diciéndonos, que el tenia honor que no retrocedia sin batirse, y que allí mismo habia ganado un ataque con los soldados des-

Mi resolución debió ser compelerlo; pero era Mariscal antiguo, con gran crédito de valiente, no poco influjo en los costenos; yo era militar de tres dias; y picado del honor por las expresiones de aquel, lante de los ojos,

Serian las nueve de una noche obscurísima cuando dije á los Señores Bravo y Victoria, marchemos á la barranca á morir, y enseñemos á estas gentes que tenemos honor y resolución.

La tropa nos seguia en silencio y á larga distancia, manifestando el miedo, y nosotros entramos á la barranca donde no hallamos al enemigo, por haberse retirado á su campo. Con nuestras manos formamos una trinchera, que encomendé á los Señores Bravo y Victoria, retirándome á las tres de la mañana para la hacienda.

Muy pronto se avistó la división contraria; por la vereda de la derecha, donde no habia mas que una media compañía de Chilpancingo, y penetró el grueso de ella, por la barranca sin que se le hiciese un tiro; de modo que si no es por Sr. Victoria, que voló á darme noticia, la primera habria sido con la muerte. Las acciones del Sr. Galeana, nada correspondieron á su bravura: con él, su sobrino, el Lic. Arguelles, Sr. Victoria, D. Martin Andrade, el Padre Arruti, y asistentes, apenas pudo formar veinte hombres, que con sable en mano y al paso, atravesamos un llano de media legua.

Nuestra serenidad, hizo sin duda creer al enemigo que era guerrilla: mandó hacer alto, y despachó otra considerable, por la falda de un cerro, para batirnos en flanco. Poco antes de salir de la llana, se tocó el trote, y cargaron todos sobre nosotros llevándonos á tiro de pistola mas de una legua, con lo que se dió lugar, á que nuestra división escapara, no muriendo mas que unos cuantos, de los que defendieron la vereda; pero no pudiendo seguir, nuestro camino, tomaron el de Acapulco y quedaron distas Arsimas hasta las esperanzas de recuperarnos.

#### REGRESO Á LA PROVINCIA DE PUEBLA, PRINCIPIO DE LOS DISGUSTOS

con los Sres. Rayón y Perez.

Tomó el Generalísimo la dirección de Acapulco, y yo la de Axuchitlan con su anuencia; á donde llegué tan desnudo que el Sr. Herrera hubo de socorrerme con dos pares de pantalones usados, y



dos camisas; de que partí con Victoria: allí se ratificó mi despacho de General de las provincias de Puebla, Veracruz, Oaxaca y norte de México, dándome oficios por el Secretario Sárate para todos los empleados á fin de que me reconociesen.

Sin mas dinero que dos onzas que me dió el Sr. Lisiaga, y quince pesos en plata, deseché con pesar á no pocos soldados que querian seguir mi suerte, y salí con una comitiva bien corta hasta Sultepeque; donde el perseguido, el honrado y humilde D. Mariano Ortiz socorrió por tres dias la necesidad de aquellos hambrientos, y me regaló unos trapos con que pude vestir á Andrade y Fiallo.

Todos los patriotas estaban en prevencion, y Concha habia salido á su acostumbrada carrera de Toluca para S. Agustín de las cuebas; el dia que aquel Nerón entró á este último pueblo, unidos ya con Gonzales, dormimos en el Texcale frigidísimo; de que salimos al siguiente dia, para cruzar á las once de la noche junto á los atrincheramientos de Ameca. Allí se entraron á indultar seis soldados; y por lo mismo fue necesario no hacer parada, hasta las cinco de la tarde, durando nuestra jornada treinta y dos horas, casi sin interrupcion.

El 19 de Marzo de 814 entré en el pueblo de Huamantla, y todo el regocijo en que nadaba mi corazon, viendome en unos países conocidos, cuyos recursos yo ignoraba, y proximo á estrechar en mis brazos á mis queridos hijos; se interrumpió y llenó de acivar cuando me hicieron presentes, las órdenes del Sr. Rayón, y el Sr. Perez, para que no me diesen ni agua, suponiendo que era un prófugo de la accion de Chichihualco, sin ninguna investidura.

Del Sr. Rayón ya esperaba este recibimiento, y en Axuchitlan, habia tratado con los Sres. del Congreso, el modo de conducirme en tal evento, pero no creia que el Sr. Perez, á quien ya habia hecho Intendente, tomase un interés tan activo en mi ruina; en el desaire del generalísimo, y en desprecio del Congreso: ni tampoco suponía que D. Antonio Vazquez Aldana hubiera preferido el vano título de Brigadier dado por Sr. Rayón al verdadero de coronel comandante de la provincia de Veracruz que le libró desde Chupio, por recomendacion del Sr. D. Carlos Bustamante contra el deseo del Congreso que á solicitud del cura D. Antonio Amés, propuso para destino á D. Joaquin Aguilar.

Escribí desde luego al Sr. Rayón, remitiendole oficio del Secretario del Congreso, en que se le ordenaba, me reconociese por general de las tres Provincias, hice lo mismo con el Sr. Perez, y previno á D. Antonio Vazquez, pasase á encargarse de la de Veracruz, pues que tenia suma urgencia de hombres de provida y militares.

La contestacion del primero, fué un mandamiento imperiosísimo para que pasase á presentarme; en el que no quiso tratarme ni de Lic. y por poco me habla de tú. Sr. Perez, repitió sus órdenes á S. Andres, para que no se me auxiliase con cosa alguna, y el caballero Vazquez quedó en silencio. Volví á instar al Sr. Rayón mandandole el duplicado de los oficios exortandole á nuestra amistad, con las razones poderosísimas que la convencian en tan delicada situacion, y suplicandole, me explicase sus opiniones, sobre reconocimiento al Congreso, y Generalísimo, á cuyo fin despaché al mayor Fiallo encargandole que fondease el espíritu, quien tuvo que huirse de noche temeroso de una prision y me vino á imponer de las pocas esperanzas que habia para conciliarse.

La cosa era de mucho interés, y yo erei de mi obligacion que no debia desmayar, por cuya causa, mandé en seguida al Lic. D. Rafael Argüeyes á Tehuacan, y propuse al Sr. Rayón, que me acompañase á atacar un omboy de tabacos que iba á salir de las villas, en el concepto, de que para aquel lance me someteria á sus órdenes, y habria lugar de que me aclarase sus intenciones.

A esta sazón, vino á dar Sr. Perez á San Andres, lo que tuve á buen agüero, y en el instante le pase recado, de que deseaba con ansia nuestra entrevista: el iba con aire de proteccion, y no quiso se efectuase hasta el dia siguiente: en ella le enseñé mis despachos, le reclamé con urbanidad sus procedimientos, y le rogué me desembolviera las ideas del Sr. Rayón, á todo lo cual contestó, que los oficios del Lic. Sárate habia creído que eran noticias de un particular á otro: que el Sr. Rayón era un capitán General superior á mi por lo mismo, y sus órdenes preferibles á las que yo dictase; que en tal concepto habia creído de su obligacion obedecerle.

A no estar muy preocupado, facilmente se hubiera disuadido con mis razones; tales eran que el Sr. Rayón no era general en jefe de toda la Nacion: que su mando se habia suspendido por ingerirse en el Congreso: que su comision para Oaxaca habia sido provisional, dada sin consentimiento del poder ejecutivo, por la premura en que nuestros desastres pusieron al Congreso, y que ella estaba revocada de hecho por haber perdido la Provincia, y de derecho por mis despachos; de cuyos sellos y firmas no podia dudar.

El Sr. Perez, aparentó que quedaba conforme, y protestó al dia siguiente, poner una circular, para que se me ovedeciese; la que de hecho me embió en borrador, reducida á que se reconociera al Sr. Rayón por capitán general, á mi, por teniente general, y á él, por Brigadier de Ejército, Intendente corregidor de la Provincia de Puebla, y comandante general de ella con facultades esclusivas, no podian tanto dictado nuevo, y especialmente los atributos anesos á las facultades esclusivas, no podian menos que disonarme; por lo que mandé decirle, que aunque lo creia muy digno de mayores empleos, no podia tolerar, que se enterase al público de aquel papel; ya por que no eran conforme á ordenanza, no podia fungir ni el grado de alférez, sin las debidas propuestas y despachos, y ya por que era contrario al espíritu del Congreso, que se reuniesen en un solo sugeto la inconvencia de hacienda y el mando de las armas: que para acordarnos, tuviese la bondad, de esperarme en su casa á la tarde.

Desde luego prevei que habia de rehusar esta medida, por que el error aborrece el desenvolvimiento de ideas; y por esto puse espías, que avisaran cuando se hallava en su habitacion. Como á las cuatro de la tarde me aseguré de que estaba en ella, y marché á ver si lograba una victoria; pero se me escondió en una recámara, y solo se presentó un fulano Cardenita, con otro de los que se denominaban familiares del Sr. Perez. Aguardé hasta las oraciones, el fingimiento de sus solicitudes, y al desmoronarse me repetí al Cardenita la alta consideracion, que me merecia el Sr. Intendente; pero que no podia abatirme mas, y que le previniese lo aguardaba al dia siguiente: ni en él, ni el subsecuente me quiso

veer, á pesar de que le oficié al intento; con lo que apurada mi condesendencia, no pude menos que intimarle quedava suspenso, interin dava cuenta al Congreso, y que entregase las armas al brigadier Correa. Practicó lo segundo, y permaneció en sus preocupaciones con mas tezon.

## MARCHA A LA PROVINCIA DE VERACRUZ, Y SUS MOTIVOS: TRAIACION

DE DON JOAQUIN AGUILAR, Y ATAQUE CON MARTINEZ.

Cuando lo referido acontecia, se hallaba mi espíritu combatido por todas partes: dudaba mucho de la buena fe de Ozorno, y despaché á D. Guadalupe Victoria á tentar vado. El Lic. D. Rafael Argüelles me confirmaba la imposibilidad de reconciliarse con el Sr. Rayón: este general, no quiso contestarme á la propuesta de atacar el comboy de tabacos: el coronel Hebia marchaba sobre mi, y no podia defenderme: la provincia de Veracruz ardía en facciones, de resultas que D. Joaquin Aguilar, Intendente interino se habia fingido comandante general, y atacado bajo esa inbestidura un trozo de comboy, en que se quitaron porcion de efectos, y los equipages de los señores Bodega, y Borbón. El coronel Rincon, reclamó á Aguilar los despachos, y no presentandolos, le despojó de las armas: se aborrecian con furor los dos partidos, aunque mas encarnizado estaba Aguilar; cuyo encono parecia no aplacarse mas que con la muerte del otro.

No bastaron mis oficios, ni las exortaciones del doctor Couto; á quien comisioné para que se aplacaran: este me escribió de Huatusco que era imposible el desempeño de su encargo; y Aguilar viajó á S. Andres á rogarle con mil ofertas, pasase en persona á remediar tantos males. La política de este hombre era hacer grandes promesas para el logro de sus miras, por medio del doctor Amés, ofreció al Congreso medio millon de pesos, y la toma de Veracruz dentro de seis meses; y de esta suerte logró la Intendencia interinaria, el que no tenia otro mérito, que haber sido guarda del Tabaco, y sargento de Patriotas.

Iguales artificios; pero mucho mas que ellos la importancia de la provincia de Veracruz, cuya ruina palpaba, y la desconfianza de Ozorno, me obligaron á mudar el proyecto de parapetarme á las inmediaciones de Zacatlan; cuyo designio se fundaba en ocupar el rumbo del norte, que es el mas basto y socorrido, al mismo tiempo que el mas desgraciado; por haber sido permanente madriguera del pillaje, de la inmoraldad, de la barbarie.

Marché por fin para Huatusco; y un tanto me alegré cuando vi en la cima de la barranca de Xamapa unas trincheras no muy bien contruidas; pero suficientes para alentar al soldado, en un paso, que defiende la misma naturaleza: las mandé reforzar y aumentar, previniendo á Aguilar, que provveyese de galleta y parque, para cuando nos fuese necesario. No perdí momento en la reconciliacion de este con Rincon; y como la separacion es la mejor barrera para dos rivales, propuse al segundo que lo destinaria en la costa de Barlobunto, y al primero que se quedaria en Sotabento con mando de armas; aceptó aquel gustoso al paso que en el semblante de este se veian todas estas señales de rencor y de descontento.

El sin duda extendió sus resentimientos hasta á mi y propuso vengarse, poniendose de acuerdo con el Sr. Rayón; pues le llegaron dos correos; cuyo intento no quise averiguar al mismo tiempo que caminaba con sesenta hombres. D. Pascual Machorro á auxiliar en Zongolica á este general; á quien ofrecí iria en persona si lo juzgaba conveniente. No perdonaba diligencia, para que nos uniesemos; pero era demasiado el desprecio con que me veia, Machorro se volvió de Zongolica, porque ya aquel habia salido á la hacienda de Humialca, con intento de ocupar la costa; pero allí lo atacó la division de Hebia, y lo destrozó cabalmente.

Regresó este victorioso á Orizava, y con ánimo de seguir tras de mí; por lo que aposté toda la tropa de Xamapa; cuya direccion me pareció forzosa, por ser algo mas cómoda para la Artilleria. Aguilar me juró, que en el instante iba á remitir la galleta y parque, de que se le habia mandado proveer, y á poco volvió como sobresaltado, asegurandome que por noticias de la Villa, y carta de Monte blanco, sabia que el enemigo debia estar en Huatusco al dia siguiente por el camino del Pedernal.

Disto este de Xamapa, cosa de nueve leguas, y por lo mismo no podian cubrirse los dos; me era desconocido el primero; y no queria persuadirme á que la marcha fuese por allí, por cuya causa solo retuve treinta hombres de los míos, y treinta y tantos pesos que Aguilar tenia, haciéndolo montar para que me llevase á observar dicho camino. Se fingió este perdido, y me condujo á dormir al rancho de los Muñoses, en donde me enseñó una vereda arto difícil, que guia para la villa.

Supuesta la noticia de que Hebia debia estar en Huatusco al siguiente dia, ya no debia detenerme en observaciones, y me dirigí en la mañana para aquel pueblo; en donde á penas habia tomado algunas providencias de precausion; cuando se divulgó la nueva de que Castilla y la Columo pasaban la barranca. Increíble me parecia que fuese cierto, por la defensa del sitio, y partí en el momento á ver si reanimaba la tropa.

Era ya tarde; pues á poco andar encontré al Padre Sanchez, y á los demas en completa dispersion: logré que hicieran alto; pero no fue posible volverlos al combate, porque allí me instruyeron de que Aguilar no les habia mandado ni parque ni que comer. La retirada era inevitable, y la hicimos á Chichiquila; pero como el pueblo sea muy escaso, y me habaya sin un ochavo, me vi en la precision de devilitar la fuerza, aunque sacando ventajas, y destiné á D. Martin Andrade, y Arroyo al valle de S. Andres: el Padre Sanchez á Tehuacan, y D. Ramon Sesma á la Misteca, para resucitar de esta manera el partido de la Insurreccion, que casi estaba muerto; no quedándome con mas que veinte y cuatro hombres de los míos, y cosa de sesenta de Rincon, muy regularmente disciplinados, por la dedicacion del joven D. Anastacio Torrens.

Con este puñado de hombres, me resolví á desafiar á Hebia, desde Chichiquila, cuyo orgullo se exaltó sobre manera, según me informó el cura: se paró de la mesa irritado, y dió la señal de mar-cha; pero se apagó su furor, luego que reconoció el barranco, que tenía que atravesar; y volvió á desojar la rabia contra el pueblo de Huatusco, que mandó incendiar á la mañana siguiente. Iguales atencas atribullen en su totalidad, por los mal querientes y peores críticos, á los desgraciados insurgentes.

Pase esta digresion, y bamos al asunto. Aguilar para quitarme toda duda de su traicion, se fué á esconder á la costa con diez y ocho surrones de grana de mi pertenencia, y diez cajones de pólvora, remitidos al Sr. Bravo desde Oaxaca, cuando el sitio de Coscomatepeque. Era muy precioso el robo para dejar de buscarlo: ni había mas pólvora, ni otro caudal, ni mucho menos recursos, para conseguir aquella.

La fortuna me deparó á Bibiano, fundador de la insurreccion en aquella costa, compadre de Martínez, y despreciado por este tirano: el me dió aviso del paraje donde estaban aquellos artículos, y tado el comboy. Yo deví fusilar allí á uno y otro, y quitarles el cargamento; con lo que habría escu- sado muchas desgracias, pero no tenía mundo, me suponía á los hombres menos ingratos: menos péfidos y menos irracionales, cuando la ambicion, y la avaricia los ciega.

Era el día quince de Mayo de 814 cuando esto acontecia, y lejos de tratar á Aguilar con la aspereza que tenía merecida, y se debía esperar, lo traté con la mayor dulzura, y lo convidé á acompañarme en el día de mi santo, que era el siguiente. Mi resolucion se contrahia, á convenserle de que no era conveniente llevar mas adelante el engaño de la comandancia general y que para no quedar desairado en el concepto público, pudiese una renuncia. Frustró Aguilar mis intentos, no asistiendo á Acasónica, como le dije, y quedó comprometido, y me declaró abiertamente la guerra.

Suponiéndose de acuerdo con el sr. Rayon, puso oficios á las dos costas, para que no me obe- deciesen; asegurándoles que mis pretensiones no eran otras, que quitarles á todos las armas, y dejar in- defensa la provincia; cosa que doña demasiado á aquellos costeros: pero con quien se ligó estrechísima- mente fue con Martínez. Este hombre bajísimo en su nacimiento, en su educacion, y en su conducta, se habia ensoberbecido sobre manza con el botín del comboy, con los caudales del peage, que cobraba en el camino de Veracruz, y con las relaciones contrahidas en aquella ciudad, con ocasion del indis- pensable tránsito por el paraje en que había puesto su garita. Aseguran que solo D. Juan Bautista Lo- quisiera.

Como el solo tenía dinero, solo el tenía unos cuarenta soldados, renia cuando queria á los Costenos, y se habia hecho un despota de Sorabento. Engreido por lo mismo, y aguijonado por Agui- lar, se negó obstinadamente á mis llamamientos para presentarse en Acasónica; y se atrevió á demandarme los diez cajones de pólvora, y que despojase á Rincon de las armas y gente; lo cual me puso en ne- cesidad de ir á Paso Moral, donde tenía su destacamento. Salí á encontrarme con su gente formada; pero ya que la mia estaba á tiro de pistola, gritaron que hiciera alto, que queria hablar conmigo su co- mandante.

No me quise escusar de este paso imprudente, tanto por no manifestar cobardía cuanto por apurar hasta lo ultimo los medios de lenidad. Separados con efecto, yo y Martínez, y conducido por él á distancia de la tropa, le reclamé con energia sus procedimientos, y contestó conmigo nada queria, pues que habia visto en Huatusco mis despachos, y no podia dudar de ellos; pero que Rincon habia de quedar colgado de uno de aquellos árboles.

No encuentro delito en Rincon le repliqué, para tan grande escarmiento; y las diferencias de ustedes, quedarán apasiguadas, yéndose á la otra costa; lo que practicaré por S. Carlos, luego que los rios bajen. Siguió altercando con sandezes, sobre el particular, y yo corté la conversacion, diciéndole, la tropa se está asoleando, y ademas tengo mucha hambre: ví V. á Paso Moral, y allí hablaremos des- pacio. Convino aunque anteponiendo que no fuese Rincon, y yo previne á este que se quedase atrás, y emboscara su gente en los dos costados de las galeras.

Estando ya en ellas; y habiendonos quedado solos D. Juan Pablo de de Anaya, D. Guadalupe Victoria, Martínez, y yo comencé á persuadirlo, de que no podia permanecer Aguilar de comandante por su manifiesta traicion y que era necesario prestase toda obediencia al mariscal D. Juan Pablo de Anaya; á quien tenía nombrado. Inasesible aquel sabaje por cerca de dos horas á las razones mas persuasivas, y á la urbanidad mas comedida llegó el caso de exasperarme: le mandé formar su gente: formé la mia, á doce pasos de la suya, y arrancando el sable le intímé que no quedaba otro arbitrio que obedecer á Analla, ó morir.

Amilanada con mi resolucion, protestó él y los demas que se cumplirian mis órdenes; y en señal de ello les mandó aquel dos ó tres evoluciones de las primeras de la carretilla. A los dos ó tres dias sa- lió á Veracruz un español, á ofrecer seis mil pesos por los papeles del Sr. Bodega; quien supo astuta- mente aprovecharse de la ocasion: se hizo secretario de Martínez, comencé á ponerme oficios muy insolentes, y se llevó á Jalapa cosa de nueve mil pesos de aquel majadero.

A consecuencia de dichos oficios, yo estaba bien incómodo; pero postrado en la cama de una fuertes anginas, no daba otra contestacion que exortaciones comedidas. En este intermedio se cruzaban los correos de Aguilar y Martínez, avivando la hoguera de la discordia: las dos costas debian hacer un esfuerzo general, y pedian al Sr. Rayon cañones: algunos dijeron, que á solicitud de Martínez, estaban preparados para un evento desgraciado, docientos hombres de la Columna, que se hallaban en Jalapa. Ul- timamente, resolvió este sorprendeme, hecha la reunion de los mas de Sorabento; lo que supe por un negro anciano llamado Juan de la Cruz; que con treinta y cinco hombres de su mando se me pasó.

Componia la fuerza de aquel un numero triplicado de la que estaba á mis órdenes; y resol- ví sorprenderlo la vispera que el trataba hacerlo, dando las instrucciones oonbenientes á los Señores Ana-

ya; y Rincon, Los tardos movimientos de la tropa frustraron mis conatos de la sorpresa; y cuando aque- Na llegó á Paso Moral, encontró á Martínez dispuesto y decidido á batirse. Yo no aguardaba mucha re- sistencia, por la leccion que habia llevado pocos dias antes; y mi devilidad era suma de resultas que la angina no me habia dejado pasar ni agua en cerca de dos dias; por cuya causa me quedé en Aca- sónica.

Disipó mi credulidad un Español que tenía de amanuense apellidado Ruiz; á quien dieron un balazo en el carrillo, y se retiró á instruirme de la tenaz resistencia de aquellos; sin embargo de que Martínez estaba herido de lanza por los riñones. Entonó la noticia mis fu- rzas: pude montar á caballo, y llegué á Paso Moral, á tiempo que la gente de Martínez, se habia replegado á una loma, y el propo- nia al sr. Anaya por capitulacion, quedar de comandante general, hasta que el sr. Morelos vitiese.

Hice decirle que no había mas capitulacion que rendirse; y resistiendolo, marché sobre él, sa- ble en mano, y en la fuga cayó en una emboscada, que habia puesto Rincon oportunamente y murió de once balazos. Su muerte pacifó toda la costa de Sorabento. Aguilar salió huyendo de su escondrijo y fué á buscar al Sr. Rayon: vinieron á presentarse todos los cabesillas: quedó reconocido el Sr. Anaya de comandante general, y D. Guadalupe Victoria de su segundo.

### PROVIDENCIAS TOMADAS EN LA TIERRA CALIENTE, SORPRESA DE S.

HIPOLITO: LLAGADA DE HUBERT: Y VIAGE A ORLEANS DE D. JUAN PABLO ANALLA.

Para que las cosas no quedaran incompletas, di órden á D. Guadalupe Victoria de recorrer todos los destacamentos, para establecer en ellos el buen órden; con lo que aprendieron las costeros á obedecer, y aprendieron á vencer; como es notorio que lo practicaron, hasta que dejaron de hacer lo primero. Establécí los peages, acordé su cuota, y se medio sistemó un plan, con el que subsistieron aque- llas divisiones, y las que se crearon despues.

Puse un manifiesto al consulado de Veracruz asegurándole, que el Español y el natural del pais serian tratados sin distincion: y que todos salieran á hacer francamente su comercio, con tal de que pagasen la pension. No contestó por escrito este tribunal; pero así se me aseguró de palabra, que co- mo se cumpliese, sostendrian con tezon el pleito ya comenzado contra el Virrey, sobre que no se conduje- sen las m-raderias en comboyes.

Tan ventajosa medida, no llegó á verificarse, porque á los que se les daba pasaporte en Vera- cruz, les cobraban otra pension en Santa Gertrudis, los pelaban en el Pinal, ó Piedras negras, y los de- sollaban mas adelante. Tuve el bo-horno que de Veracruz me dijese que no se cumplia, y de con- fesar que no había órden entre nosotros; por lo que continuaron los comboyes.

Yo deví permanecer por mas tiempo en aquella provincia, y no dejar las cosas tan en embision; pero el Señor Rallon me habia escrito, que para el 2 de Julio me esperaba en Chachicomula, y yo le habia asegurado, que estaria el dia 8 gustosísimo venia á esta entrevista, pensando que terminarian los disgustos, y no fue poco el que me ocasionó saber en Quimistlan, que Arroyo habia cojido á Peredo con comprobantes de emisario; y que el Señor Perez estaba en S. Andres trabajando en la discordia con actividad.

Vasillante, entre la facilidad que hay para hacer la guerra en la Provincia de Veracruz, y lo di- fícil que era en la de Puebla atendida mi corta fuerza, y la poca disciplina de la gente que podia recla- rarse, aceleré mis pasos hacia esta, considerando que el cancer de la division cunde con rapidéz, quan- do la fuerza física y la moral, no se reunen para impedirlo. En Quimistlan se me presentó Peredo; y en vez de tratarlo mal, lo vi con estimacion. Ya habia estado antes conmigo en Huatusco, y Chichiquila y oi- do mis producciones de cordialidad y amistad, respecto al Sr. Rayon; por lo que lo despedí sin otra de- mostracion que decirle, baya V. á contar á quien lo embia la diferencia que va de mis buenas inten- ciones, á sus malísimos conatos; y que esta es la última vez, que le ruego con mi amistad.

A los dos dias, ya estaba Hebia buscandome en el Pueblo de S. Andrés, de donde me salí para el de S. Hipólito, con animo de no permanecer en él 24 horas; por que no contaba con mas que treinta y ocho armas útiles, y cuarenta caballos de Arroyo, gobernados por malas manos. No se me efec- tuó mi intencion según me habia propuesto, á causa de que me llegaron carta del general Humbert, y D. Juan Pablo Anaya, avisandome entre otras cosas, que debian estar al siguiente dia en S. Andrés; lugar donde se hallaba Hebia: fue forzoso despachar correos por todos los caminos previniendoles que no pasasen las Cumbres del volcan y se dirigiesen á Quimistlan á donde mandé dinero para su obsequio.

Aprovechando de esta dilacion un mal hombre, dio abiso á los del Rey, y los guió por caminos desconocidos. Se deturrió la abanzada, y no fue antes de las cuatro de la mañana estaba sor- prendido. Mi infanteria se formó con buen semblante, huyó la caballeria con pretexto de ir á llamar á Arroyo; y viendo que era temeridad aguardar en lo escampado, quise guiar la primera aun bo- que inmediato, y encumbrar la montaña haciendo fuego en retirada: la gente perdió la formacion, y aunque á muchos, les puse las pistolas en las sienas, y en los pechos, tenían mas el mal imaginado, que el que miraban de cerca, siempre susede así cuando el soldado vuelve la espalda sin órden.

Yo subí, el cerro con mil penas: el caballo se cayó conmigo dos ocasiones; me eche á pié; y no pudiendo dar un paso en el barro resbalosísimo, volví á montar, y salí felizmente, cooperando no poco una densísima niebla que cubrió el bosque. Treinta y ocho hombres que cojieron en las barrancas fueron fucilados, sin embargo de que casi todos acababan de cogerse de leba; y se perdieron entre otras cosas cerca de docientos armas descompuestas.

Me diriji entonses á Tehuacan para donde habia emplazado á Humbert; y en donde resibi constatacion de este, que no podia practicarlo por el peligro que corria su buque, y del Sr. Anaya pidiéndome permiso para embarcarse, á virtud de lo que me habia oido hablar, sobre el deceso que tenia de que entrásemos en relaciones con los Anglo-Americanos. Convine en su solicitud, y nombré de comandante de Sotavento al Sr. Victoria.

#### DESCUBRIMIENTO DE CERRO COLORADO: TENTATIVAS DE HEVIA

PARA ATACARLO: ESFUERZOS DEL SEÑOR PEREZ, Y DON JOAQUIN AGUILAR PARA destruirme: conducta de Arroyabe y su muerte:

#### LIGERAS NOTICIAS DE D. MANUEL TERAN, PRICION Y FUGA DEL SR. PEREZ.

Hevia estaba destinado á perseguirme: y andar errante escapando, conoia que era una ruina segura; porque todo ejército, ó division que no cuenta con un lugar de apoyo, es fuerza que peresca: yo lo busqué para mí, y di orden á D. Ramon Sesma y D. Guadalupe Victoria que ejecutase lo mismo. El brigadier Carrea, se encargó de registrar los ciertos circunvecinos, y descubrió el que llaman Colorado: monumento eterno de los empeños que hace la humanidad aflijida, y asilo segurísimo de la libertad; si un traidor no lo pusiera en manos enemigas.

A los nueve dias de hecho este descubrimiento, se presentó Hevia en Tehuacan. Setenta y tres armas servibles, un cañonito de á dos, y unas cercas de piedra, hechas por nuestras manos, y un cajon de petrèche, era todo el aparato bello, con que estaban resueltos á batirse con la mejor division de los tiranos, un puñado de hombres mal pagados viviendo á los cuatro vientos, y sin mas agua que la que el cielo llobia.

Catorce dias estuvo Hevia dando vueltas en contorno de la montaña, sin determinarse á subir: él sabia bien, la poca fuerza con que yo contaba; pero no podia convinar los hechos con las noticias; todos los dias bajaban las guerrillas á hostilizarlo: la música daba á entender nuestro denuedo, y veia á cada paso formarse porcion de gente, que le abultaba con los indios operarios.

Durante este tiempo se desataron con furia los anarquistas: fijaron rotulones en S. Andres, trandome de indultado, de ladron y de intruso, puso órdenes el Sr. Perez á Tepeji previniendo hasta los caminos, por donde podia retirarme á la Misteca, para que me apresaran; despacho á Arroyo á situarse á los Ranchos de S. Felipe, con orden de matarme, y engrillar á los oficiales. Se unieron los Sres. Perez, Aguilar, y Vasquez Aidana, para invadir la Provincia de Veracruz: los primeros, hicieron circular una proclama indeseantísima, y el último quiso hacer valer entonces su despacho de comandante General que antes habia mirado con desaire; sorprendieron el destacamento de Ixhuacan: de donde se estrajeron armas y vestidos, hirieron á algunos, y mataron al gachupin Perez.

Semejantes procedimientos, nunca podrán sincerarse, en el juicio de la imparcialidad; pero si se medita que fueron practicados en el intervalo que me hallaba mas angustiado, por el enemigo comun, es necesario graduarlos como abortos del delirio, y del mas negro rencor. Cuales eran las intenciones, así fueron los efectos: las cartas de Tepeji cayeron en mis manos. Arroyo luego que vió descubierta el engaño, que quiso hacerme, por medio de una carta muy sumisa, en que me protestaba ir á servirme de último soldado, huyó antes que Hevia se retirase. A los caballeros Perez y Aguilar, apenas les preguntaron con mal gesto los costeños el objeto de su mansion en Huatusco, cuando volvieron á repasar el Volcan.

En medio de tantas contradicciones, se organizaron cuanto cabia en aquel estado, el ramo de hacienda: se regulaba con arta moderacion la contribucion de las fincas, se establecian los peages, y alcabalatorios, y se trabajaba con tazon en la fortaleza. Hasta aquella época no habian conocido los insurgentes de estas provincias otro sueldo, que lo que pillaban, causa principalísima de sus desórdenes. La moneda de cobre, no podia continuar porque las disenciones de la costa del Sur, no tenían otro principio, y porque toda moneda que no tiene valor intrínseco, acarrea siempre gravísimos males á la sociedad; á no ser que se use de ella en casos urgentísimos, de poca duracion, y con segura esperanza de ser reemplazada. Sobre este punto no habia dado una plumada el Congreso, y á mí me fué preciso entrometerme dándole cuenta.

Tres correos habia yo dirijido por el rumbo del Norte con relaciones circunstanciadas de los acaesimientos de estas provincias, y tantos me habian interceptado, al paso que las abultadas y falsas noticias de mis enemigos llegaron con frecuencia; de aqui dimanó que el Congreso comisionase al Sr. D. Carlos Bustamante para que me hiciera cargos en el lugar que yo eligiera; quedando entre tanto suspensa mi jurisdiccion, y entregado el mando á Arroyabe que el Sr. Rayon marchara á incorporarse á la representacion nacional, de que era miembro, y que el Sr. Perez, se redujese á las funciones de Intendente.

Poco tardó el Sr. Bustamante, en escribir emplazándome á Sacatlan; mas como allí estaba el Sr. Rayon con tropa, Oromo habia dado auxilios á los dicidentes para bajar á Huatusco, y el lugar de este juicio habia desear á mi arbitrio, conteste al Sr. Licenciado, que me sería muy satisfactorio dar un testimonio de la pureza de mis operaciones; pero que habia de efectuarse en Tehuacan.

De Arroyabe supe, que habia tenido sus entrevistas con el Sr. Rayon, intrigado con algunos del norte y últimamente venidos á Huamantla, donde se hizo amigo de Arroyo. Le escrivi allá diciéndole que viniere á Tehuacan, y que si á su instruccion militar, que suponía, unía la honradez en sus procedimientos, podrían hacerse servicios distinguidos á la nacion; pero que no fuese con gente de Arroyo, por que igual hecho lo reputaria por una hostilidad.

No contestó en mucho tiempo y yo fui á la Misteca, para organizar el cuartel de Tepeji, y los alcabalatorios. Entretanto se escapó el Padre Sanchez con su gente, y se huyó del camino una compañía suya al mando de Calderon, esto me hizo advertir que la cizaña cuandía ya mas de cerca; de lo que acabé de desengañarme en Sapotitlan, donde tube la noticia, de que Arroyabe habia llegado, dejando á los de Arroyo en la hacienda del Carnero: que estos habian entrado á Tehuacan, y dado varias vueltas al molino en busca de mis caballos; y que la guarnicion se habia subido al fuerte, conforme á mis ordenes.

Sin pérdida de momento, me lancé para aquel punto; y aunque mis soldados poco sabian de la rivalidad con Sr. Rayon; por que estaban penados los oficiales, de no expresarse mal; contra estos señores estaban irritados, por que habian presenciado sus infames hechos. La infantería me pidió la bandera, y descubierta, la que hubé de concederle, porque varios corrieron largo trecho, al par de los caballos al trote. Los Arroyistas se fugaron, espantados con sola la noticia, y Arroyabe quedó confundido al ver un aparato que no esperaba. D. Martin Andrade, y otros oficiales me impusieron de que este habia tenido el arrojito de seducirlos en mi misma casa, para que tomase partido con él, formando una tercera entidad, entre mí, y Sr. Rayon; lo cual me acabó deponer sobre aviso de sus malignas intenciones.

En la noche, se me presentó Arroyabe todo trémulo, desaborido y balbuciente, síntomas de corrupcion interior: me presentó cartas de mis amigos del Congreso, me afirmó que ya tenia ganados D. Pedro Espinosa, Arze y Zerrano; con lo que sería muy facil destruir al Sr. Rayon; en lo que no devia detenerme, puesto que estaba el Congreso de mi parte. Yo le conté que no trataba de eso, sino de cumplir las órdenes que se me intimaban, á pesar de que habia representado; que con espersion de mi escolta, reservada á la defenza de mi persona; que corria grande riesgo, le entregaria el mando de las demas divisiones, con lo que se lograria organizarlas uniformar sus sentimientos, y poderlas reunir cuando fuese necesario: empresa para lo cual, no tenia un hombre; y que él podria conseguirlo ya por venir embiado del Congreso, ya por que con él no habia rivalidades, y ya por que yo le presentaria todo influjo.

Pidió de plazo dos dias para resolver en los que volvió un correo, que por el sur remitió al Congreso; el cual en constatacion revocó la orden anterior, sobre que se me hiciesen cargos, preceptuó á los Sres. Rayon, y Bustamante, marchasen á incorporarse, ofició al Sr. Perez, para que se uniese conmigo, y presindiendo del mando militar se sirviese á las facultades de su esfera: últimamente me mandaba que ocupase á Arroyabe, si lo consideraba util, y sino, lo despachase para aquel rumbo.

Manifesté á aquel esta resolucion, asegurándole que le daria el mando de los destacamentos de Istapa, y de la division de Arroyo; con comision bastante para reducir á buen orden todo el norte, supuestas sus conexiones en aquel departamento; con cuya investidura venia á quedar de comandante, de toda la caballería de la provincia de Puebla, y la mayor parte de Méjico. Sus proyectos estaban muy distantes de los míos, y por lo mismo, no quise aceptar, sino que dijo se volvia al Congreso, y solo se detendria en las cercanias de Méjico á acordinar cosas de su familia.

No habian pasado mas que oras de esta conversacion cuando regresó aquel hombre mas pálido que el dia que murió, con la noticia de la completa derrota del señor Rayon en Sacatlan. Yo le hice escribir allí mismo tanto á aquel, como al Sr. Bustamante que conmigo tendrian una segura acogida, al mismo tiempo que afectuosa sin volver á hacer recuerdo de lo pasado. No se lo que escribiria para aquellos señores; lo cierto es, que no aceptaron, ni yo tube respuesta.

Habian cruzado ya más de ocho dias, sin que este hombre resolviera su marcha, ó la aceptacion de mis promesas: todos me hablaban de él con desconfianza, y yo me valí del cura D. Miguel Sanchez, para que informándose de su compadre D. José Orea, donde aquel estaba posado, me descubriese sus designios me afirmó este señor que eran malos, y ya hubé de preguntar á Arroyabe, cual era su resolucion; repitió que irse cerca del Congreso, arreglando antes las cosas de su casa; á cuyo intento saldría de Tehuacan dentro de tercero dia.

Pasó este término, sin que efectuase su viaje y volví á reclamarle: espuso que necesitaba de caballos para sus criados, y un socorro de cien pesos. mande que de la remonta se le escogieran cinco, y le di trecientos pesos; con lo que descansé por unos dias, del sobresalto en que me tenia su presencia. En el indicado viaje á Tepeji, y orillas de la Misteca, se me reunió Terán; á quien llamé, por las repetidas sustancias que al intento me hizo D. Ramon Sesma, á cauza de que una noche iba á sorprenderlo con los restos del escuadron de San Ignacio.

Con este motivo, traté de informarme por menor de este sugeto, á quien solo habia visto una vez, y leído en Acapulco una carta suya escrita de Juchatengo al Sr. D. Carlos Bustamante, en que trataba de tirano al Sr. Morelos, y aludiendo á las órdenes que se le comunicaron decia que no habia ido de berdugo sino de comandante. Me informaron pues que habia tenido sus principios de Matemáticas en el colegio de Minería, pero no concluyó sus cursos: que pobre y sin proteccion, tubo que meterse á escribiente del preposito de Belen, y que su hermano D. Juan habia sido donado de San Francisco.

Que de Méjico salió el primero, á unirse con el Sr. Rayon, quien lo dedicó á la fundicion de cañones, y cansado de su porte, hizo que los Retanas le diesen sendos palos en una noche. Que trasladado de allí á Izucar, logró por la proteccion de Sr. Matamoros el despacho de capitán de Artillería: que habiéndolo ilebado á Tonalá, y advertido que queria cesarse, lo retrocedió á Oaxaca diciéndole: que no le tocaba otra cosa, que cuidar de su cañon. Que Rocha lo comisionó para Juchatengo, desde donde puso la impolitica y atrevida carta de que he hablado.

Que aprovechandose de la indolencia de aquel, con soldados de su mando, se hizo de propia autoridad comandante de Huajuapa. Que unido con el Sr. Rayon, tubo del en Tehuacan tales recelos, que ordenó fuesen los oficiales á dormir á su casa, menos este: que en la misma marcha, le sedujo en Tlacotepeque al lego ó donado, Arebalo, y treinta y tantos soldados; con quienes se separó á buscar aventuras en la Misteca, donde ya vimos que quiso echarse sobre D. Ramon Sesma.

Apesar de que estos antecedentes me devieron retraer de tener á mi lado un hombre semejante, me alceiné con sus superficiales conocimientos, y el me engañó con su caracter sombrío y disimulado, por lo que le di el mando del batallón de la libertad, el mejor que había visto entre insurgentes, y lo propuse para coronel en unión del Sr. Victoria, cuya propuesta fue aceptada en cuanto á este, y no solo rechazada en cuanto al primero sino que el sr. Morelos me hizo un serio reclamo.

Dejemos á Terán aun lado, y bamos con los acontecimientos que á esta sazón ocurrían. El sr. Perez no quiso obedecer el precepto del Congreso, y habiendo recibido posteriormente otro oficio extendió el brazo delante de sus oficiales, que lo eran Pizarro, y D. Miguel Frias, diciéndoles que cuando hubiese quien se lo doblara, entonces se reconciliaría conmigo: aquellos que ya veían la cosa desesperada se le escaparon con los soldados y fueron á presentarse. Tan distante estaba este caballero de prescindir del mando militar, que me ofició para que se los embiase, y por medio de D. Nicolas Espinosa, hacia reclutas, y pensionó á cada finca de S. Andres en uno, ó dos fusiles: visto lo cual, creí ya de necesidad aprenderlo para lo cual comuniqué orden á D. Pascual Machorro.

En esta ocasion, juzgaba yo que Arroyabe ya estaría muy distante, cuando se me dá parte por Luna, comandante de Istapa, que no había salido de allí, y que estaba seduciendo la tropa, y cartándose con el sr. Perez. Al momento, le puse correo estrañándole su dilacion, y previniéndole que partiese dentro de tercero día; contestó que á pesar de estar enfermo lo practicaría así; pero no lo hizo, sino que redobló las sugerencias, y avivó la correspondencia, según parte que me dió Luna.

Volví á oficiarle, y volvió á desobedecer, hasta que Luna pasó á hacerme presente, que si aquel hombre duraba, no respondía por la seguridad del destacamento, y le di orden de que lo prendiese. Apoco susedió lo mismo con sr. Perez: entre cuyos papeles se encontró una carta toda de letra de Arroyabe, que entre otras execraciones le decía lo siguiente: ya tengo ganado al padre Sanchez, y cuento con los de Istapa, V. amigo, redoble sus esfuerzos porque ya no veo la ahora de beber la sangre de este tirano; ella fue el principal dato de su causa por la que lo condené á muerte; y los que sean imparciales calificarán si fue justo; en el supuesto de que el Congreso distaba 300 leguas y no había rumbo seguro por donde embiarlo aun cuando lo escoltasen 300 hombres.

El padre Sanchez volvió á presentarse en Tehuacan, y le quité el mando de armas con disimulo, y sin avergonzarlo, dándole para sostenerse la hacienda de Buenavista por una corta renta. Al sr. Perez, se le comenizó á formar su sumaria, y no queriendo declarar, á pretexto de que solo el Congreso podia conocer de sus causas, mandé dos granaderos que lo intimidaran; con lo que no volvió á hacer repulsa. Uno que otro, me han dicho, que se pondera mucho este procedimiento y que quise matarlo de hambre: para lo primero hubo las poderosas razones de que no pudiendo embiarlo al Congreso, me hallaba en la obligacion de sincerar mi conducta, y no podia ser de otro modo que con el proceso, lo segundo es absolutamente falso.

Dos dias le llebaron de mi casa lo mismo que yo comía; despues me suplicó el cura D. Miguel Sanchez, que para que tubiese mas deságo y menos recelos, le proporcionaría de su parte cuanto necesitara. El mismo cura, en virtud de la consideracion que me devió justamente obtuvo de mi la promesa, de que no se le tocara á la vida, sino que daría cuenta con su causa; como lo hice en compendio y habiéndome llegado la orden de fusilarlo, la divulgó el Doctor Velasco: y el Sr. Perez proporcionó fugarse.

#### OCURRENCIAS FAVORABLES: Y ATAQUES GANADOS EN TEUTITLAN

Y LA SIERRA, QUE ANUNCIABAN BUENA FORTUNA: DIFICULTADES QUE PARA ELLA HABIA

de parte del Congreso.

Combatido por todas partes de enemigos, de riesgos, y de dificultades, no quitaba la vista del norte principal que era la prosperidad de mi patria, y ya por este tiempo estaban fundidos y puestos en careña cuatro cañones de á ocho y doce de á cuatro: se había repuesto la fábrica de Salitre, y daba mucho; se trabajaba una mina de plomo en Sapotitlan, se molía y arneaba pólvora, competente para surtir de ella, como tambien de balas á la Mixteca y Veracruz: se había puesto una maestranza, en donde trabajaban cerca de treinta herreros, y nueve carpinteros: mas de docientos peones se ocupaban diariamente en construir atrincheramientos, galeras, un estanque, una pila, dos presas &c. Se habían acopiado víveres para un año, habilitándose una tienda y provisto de cuantas comodidades se gozaba en poblado.

Por otra parte, D. Ramon Sesma había parapetado el cerro de Chilacayoapa, y batido á D. Melchor Alvarez, y á Obeso. D. Guadalupe Victoria prosperaba en Veracruz, pequeñas irrupciones cerca de Huajuapa pribaron á Samaniego de la remonta, y lo tenían reducido á sus atrincheramientos: el Inglés Adelin, penetró hasta las cercanías de Oajaca, y se trajo los estanquillos.

Arebalo, se entró en la sierra, y condujo á Tehuacan ochenta y dos prisioneros, con un fraile Agustino que se titulaba comandante general. D. Antonio Fion, se vió en los últimos apuros en Acatlan, y abandonó el proyecto de criar patriotas. D. Melchor Alvarez, llegó dos veces á Teutitlan, cuya plaza tambien fortifiqué y tantas salió derrotado.

La correspondencia de Orleans se había facilitado: Amigo ni me la conducía, y unido con Dominico hostilizaban la costa: fue reconocida en los puertos del norte la bandera, que el Sr. Anaya quiso inventar Alvarez Toledo hijó allí rotulones, para que se alistasen los que quisieran venir á servir á la insurreccion, y se presentaron en pocos dias mas de mil. Me vinieron impresas mas de doscientas patentes de Corsario, y yo no quise habilitar sino siete provisionalmente, dirigiendo las demas al Congreso. Todo el pais francés veía con entusiasmo nuestra libertad. El general Jason, y los comerciantes de Orleans

enviaron al Inglés Galban, para que inspeccionando que había seguridad en la paga, me ofreciese todo favor y proteccion. Con el mismo escribí Toledo que estando en la mejor disposicion así el gobierno como los particulares, se embiase un hombre con mas representacion que la que tenía D. Juan Pablo de Anaya. Yo diriji sus pliegos, al Congreso, y le contesté, que entretanto me proporcionase armas y fornituras, que pagaría en la costa; las que en efecto consiguió y me escribió posteriormente que estaría en Nautla á fines de agosto, ó en principios de septiembre.

Parecia que una luz mas pura, iba á alumbrar en mi patria; y yo me banagloriaba interiormente de haber contribuido en algo. Alla entre los disbarios del amor propio me decía yo parapé una fortaleza invencible, yo enseñé á los insurgentes el rumbo de mantenerse sin robar, yo el que con mas aplicacion he disciplinado tropa, y perseguido á los ladrones; yo regeneré con veinte hombres la insurreccion moribunda en las provincias de Puebla, Veracruz, y Oaxaca; yo he abierto la correspondencia con los Estados Unidos, en donde podrá hallar la nacion una tabla que la salve de tan duras borrascas.

Así se abisman los hombres dentro de su propio orgullo, cuando carecen de mundo, y no contemplan las cosas en todas sus combinaciones. España se hallaba fuerte con la paz, y llena de soldados por la reciente guerra, y en esta parte de América, se extendieron, las mas negras pasiones; con cuya escoria se cegaron las fuentes de la prosperidad.

El Sr Rayon no quiso incorporarse en el Congreso, sino que se metió en Cóporo con su hermano. Los Sres. Berdaseu, y Liciaga, hacían continuos y violentos enjujes, por romper la bartera que los había separado del mando de armas. El Doctor Cos, afanaba por proporcionarse un partido, para dominar á sus colegas con los fusiles. Muchos de los vocales, no tenían otro conato, que destruir el influjo del Sr. Morelos, jurado generalísimo, y cuyo buen concepto lo era tambien.

No lo dejaron venir en tiempo á estas provincias, en donde su respeto hubiera sometido á los disidentes única guerra que nos era desastrosa. Ellos llegaron al término, de quitarle la guardia: y todos estaban tan discordes en sus opiniones que tal vez no se encontrarían tres, unánimes en todo. Se había hecho tan despreciable, ser miembro de aquella asociacion, que nombrados vocales el Lic. D. Rafael Argüeyes, y el Doctor Couto, el primero renunció inmediatamente, y el segundo no quiso ir por mas instancias que se hicieron.

De esta situacion dolorosa en que se hallaba aquella corporacion, procedía la poca energia de sus medidas, y la ineficacia de sus providencias. Cuando todas sus tareas devieron concentrarse á la union, á la subordinacion, al buen crédito, y al sosten de las tropas; me mandaba quitar curules, rebajarles sus rentas, que no hubiese entierros en las Iglesias, que se pusieran escuelas en las haciendas, abastos en todos los pueblos, y escuadrones de oficiales, sin considerar que para unas cosas no había medios, y otras herían, la preocupacion de las gentes. El Doctor Velasco, D. Francisco Garcia Lobo, y otros que estaban presentes, me vieron llorar á gritos en esta vez, mas no por eso, fui jamás enemigo del Congreso, como se ha dicho por algunos malignantes, muchos me oyeron repetir varias ocasiones, vale mas algun gobierno que ninguno: el aumento de fuerzas, y las victorias pondrán á la nacion en estado de recuperarse.

#### MUERE MI SOBRINO, POR IMPEDIR LAS IRRUPCIONES DE CALZADA:

BIAGB Á CHILACAYOAPA, Y TLAMAJALINGO, PARA APLACAR LAS ENAMISTADES DE

los Sres. Guerrero, y Sesma. Prision del Sr. Bustamante, y crímenes de la costa de Barlobento.

Al compaz de lo que sucedía en la provincia de Valladolid, fermentaba tambien la desunion en estas otras. La gavilla del infernal Calzada, y otros ladrones sueltos con titulo de insurgentes hacían frecuentes robos en las cercanías de Atlixco, Tecali, y Tecamachalco. Los esfuerzos que hice para retírarlos costó que me asesinaran aun sobrino muy joven, muy valiente, y de grande mérito, cuya madre mi hermana se halla en el día sepultada en la mas triste miseria. Al primero que le hizo fuego, lo mandé fusilar, y que despues de muerto lo arrastrase una mula un corto tramo, crueldad que se pondera como inaudita cuando estas exterioridades se hacían ya necesarias para medio contener á aquellos hombres bestiales y es la única demostracion que se me puede acriminar de excesiva.

El Sr. Guerrero, y D. Ramon Sesma, chocados por motivos ligeros, habían llegado al extremo de que se baleaban las partidas de uno con las de otro: cartas repetidas del último me habían suplicado que fuese á remediar la desavenencia; y no pudiendo serme indiferente la pérdida de las dos mixtecas, huve de hacer el viaje con el doble objeto de reconciliarlos, y atacar á Huajuapa, para lo cual dejé las órdenes convenientes en Tehuacan.

Doce ó catorce dias, estube en Chilacayoapa exortando al Sr. Guerrero, para que nos uniesemos y empleáramos nuestros bríos contra el enemigo común; mas el tubo desconfianza y se mal lograron mis intentos con respecto á Huajuapa, despues de haber estado dos dias la tropa de Tehuacan en Petlalingo, á consecuencia de que en primera ocasion ofreció el Sr. Guerrero reunirse.

Ya que se había frustrado aquel objeto, no quise que susediara lo mismo con el de reconciliarlos; para lo cual me puse en camino á Tlamajalcingo del monte, donde el Sr. Guerrero tenía construido un baluarte, cuya jornada hice en la mayor parte cargado en escalera, por estar malo de almorranas. En este estado, y con solo seis hombres llegué á aquel pueblo para que se diciasen los recelos con franqueza.

Ni el Señor Guerrero, ni ningun otro se quiso presentar aunque el Señor Velasco subió hasta los atrincheramientos, á significarle mis sanas intenciones: y como á las tres de la mañana, fué á decir á uno de mis soldados el cobarde, borracho y ladrón, conocido por Chepito Herrera, que si no nos

13  
retirabamos corrimos grande riesgo. Cedi á las circunstancias, y marché á incorporarme con la division del Coronel Sesma, y una media compania de Dragones, que saqué de Tehuacan: con quienes volví á Tlajalcingo, porque ni debia dejar el ejemplo de un desaire tan grande, ni abandonar el proyecto de que las mistecas quedaran pacificas.

Al caso hice que subiera cuatro ocasiones el cura del lugar y no queriendo ceder á tantas insinuaciones amistosas, subí con determinacion de atacarles tomé los puestos convenientes, y ocupé la agna Ya que el fuego iba á romperse, mandé avisar al Señor Guerrero, que le hiciera favor de aproximarme. lo que ejecuté con solo el Capitán Quirós, y el Teniente Contreras á cosa de diez ó doce pasos del retrinchamiento: entonces salió el Señor Guerrero y reclamado por mí á que traia el sable desnudo, lo tiró, me protestó su amistad, y reconoció el hecho.

Entró mi Tropa al Baluarte y se averiguó que los autores de aquel atentado habian sido Chepito Herrera, su sobrino y otros: se huyeron estos, y puse al primero grillos. Para ver si por fin lograba alguna ventaja de tan pesada jornada, hice que el Señor Guerrero, escribiese á Tlaxcala que el Coronel Sesma habia venido á atacarlo, y que aunque se retiró en dispersion dejando algunos muertos, se habia quedado sin parque y necesitaba se lo proporcionasen con brevedad.

Surtió el estratagemá el efecto deseado, y al dia siguiente á las cinco de la tarde ya teniamos á Armijo al pié del cerro, ninguna soldado asonada, pero cogieron á uno casualmente, que devió dárles relacion, y antes de rayar la luz, ya iba Armijo en retirada, á contar que vió el pueblo de Tlajalcingo. Volví mis miras al Señor Guerrero, pasé revista á su tropa, lo nombré coronel le asigné departamento, y despues de exortarlo mucho á la union, regresé á Tehuacan para nuevas escenas.

Me encontré allí con dos sujetos despachados por el Congreso, uno de contador de las cajas, con asignacion de dos mil pesos, y otro con título de correo de Gabirete, que conducia los diplomas de plenipotenciario para D. Juan Pablo Anaya, Expuse al primero que las cajas eran de cortas sumas, que los soldados carecian de sueldos, que yo no tenia otro que comer mal, que el trabajo era corto, y no podia darle por lo mismo todo lo que se le asignaba, con lo que se retiró muy atufado, y fué á maldecir de mí con los señores sus comitentes.

Examiné así mismo los diplomas, y vi que era un papel manuscrito y sin sellos en el que se nombraba al Señor Anaya de plenipotenciario, se le encargaba pidiese seis millones prestados, y se le decía su distribucion. Yo creí de mí deber no consentir que la insurreccion no perdiese el crédito, y se hiciera el escandalo de los extranjeros nombrando plenipotenciario sin ser una potencia reconocida, nombrandolo en un manuscrito que cualquiera podia forjar, y exigiendo seis millones, que ni aquella república, podia tener desahogados, ni aun cuando los tuviese podia franquearlos sin grandes seguridades, que ni se le ofrecian; por lo que no di pase al correo, y le recojí los pliegos. El partió desesperado á desconceptuarme; y el hecho se reputó por un delito, y una insubordinacion manifiesta.

Por la provincia de Veracruz, prendieron al señor D. Carlos Bustamante, le quitaron su equipage, y un terno de oro en el chiquihuite, y me lo remitieron asegurando que iba de embiado del señor Rayon cerca de Fernando septimo. El aguardaba en mí un tirano, que sin razones ni espera lo mandase fusilar, segun el ademan de pavorito con que se me presentó mas yo no quise ni investigar por mejor el objeto que para embarcarse se habia propuesto.

No obstante, de que lo tenia depuesto el Congreso, yo respeté en el no su empleo, sino sus recomendables virtudes, presidiendo de que hubiese sido partidario del Señor Rayon: le socorrí sus urgencias, le protesté una medida, di un vestido de Iglesia á su Señora; pero al mismo tiempo que me avisaron decía ella que nada me agradecia, porque mas le habian quitado, me dio parte el coronel Sesma, de que el Señor Bustamante lo habia ido á seducir á su cuartel.

Entonces previne á este Señor, que elizese fuera de Tehuacan el pueblo en que vivir; donde no le faltarian socorros. El se estremeció y ganó el norte con su presencia se aumentaron las rivalidades; para las que tenia el gobierno comisionados sus curas, de los cuales uno desempeñaba el papel con perfeccion.

En la costa de Barlovento asesinaron traidoramente á Rincon, asesinaron á su esposa, y dicen que la hicieron cuartos. Su hijita de diez años de edad, sacó un balazo en el pescueso y el brutal serafin la entregó á su hijo para su regalo. Consecuencias funestas, de la cizaña sembrada anteriormente, y del desprecio con que se vieron en el Congreso mis oficios, suplicando se dirigiesen órdenes y proclamas á aquel rumbo, para que obedeciesen, anunciandoles de lo contrario la pérdida de la barra de Nautla, como se verificó.

#### RECELOS DE LA COSTA DE SOTABENTO: RUINOSA FALTA DE OZORNO,

#### COMBATE DE LA HACIENDA DE ZOLTEPEQUE.

De la costa de sotabento tenia ya desconfianzas: algunos que mandé allí de presidarios estaban empleados: no se me proponia ninguno de los oficiales que se creaban: Corral me escribió dos ocasiones, que era absolutamente necesaria mi presencia, en Huatusco: Antillon, y otros bien intencionados me representaban con frecuencia que habia mucho que reclamar en un rumbo donde el comandante entusiasmado solamente por los combates era indiferente para todo, y le habian ganado de tal suerte la confianza que no veia las mas de las contestaciones, y salian bajo su firma falseada, providencias en que no habia soñado.

Rodeado de tantas dificultades; enbarazado de poder ocurrir á todos; presagiando la general desunion; y temiendo con fundamento que faltarian los auxilios de los Estados Unidos, clamaba sin cesar al

14  
Señor Morelos para que se viniése á toda costa. ó me solicitase ir al norte de América de diputado: me contestó este Señor como siempre alegando la repugnancia del Congreso, y asegurandome que á pesar de todo iria á comer las ubas á Tehuacan,

A esta sason se presentó un lance capaz de restablecer cuando no la obediencia debida, á lo menos una decorosa armonia, y de hacer prepotente la causa de la Nacion. El comboy que Aguila, y Conti conducian á Veracruz, llevaba de detenido mas de cuatro meses en Ja'apa por los atrinchamientos del Puente del Rey: los comandantes acobardados, y á los correos que consecutivamente intersepté le decian á Moreno Daois, comandante General de Puebla, que si no iba refuerzo era imposible cruzar: di al Señor Victoria este aviso, le mandé polvora y bala que me pedia, le exorte á que no desmayase, asegurandole que le auxiliaria, llamando la atencion con algun movimiento.

Escribí á Ozorno manifestando la critica situacion en que se hallaba el enemigo, los dignos que eran de nuestros auxilios los bravos de tierra caliente, que por las mas seguras noticias, sabia que no podia salir otro refuerzo que el batallon de Lobera, y el escuadron de Mejico: que nos reuniésemos en Huamantla, y allí se resolveria lo que fuese de su agrado: ó atacar á Marques, ó meterse en las Villas, ó aproximarse á Puebla, que quedaba desguarnecida.

Para que no dudase, le mandé originales, los partes de Aguila, y contestó asegurandome con firmeza que estaria con sus dibiciones en el punto asignado. Desconfiando yo de este ofrecimiento, le repetí oficio con el mismo objeto y reiteró sus protestas: satisfecho á ellas sali de Tehuacan á S. Andres de donde mandé correo para Atlamajaque, quien no trajo mas respuesta, sino que no se hallaba allí Ozorno.

Marques, estaba en S. Agustin del Palmar, y siendo S. Andres poco defensible, me fui á la hacienda de Ocotepaque; cuya casa estaba atronera, y parapetada con bigas la asotea. En la noche tube junta de oficiales, y les propuse retirarnos á Tehuacan, con respecto á que Ozorno no habia de llegar: todos combenian en mi proposicion, menos D. Joaquin Correa, comandante de Huamantla, y com-padre de Ozorno, quien juró que bendria este; y le mandó un proprio á ese fin.

Para saber las intenciones del enemigo, dirijí oficio al Cura advirtiéndole, que en el siguiente dia devia estar en su pueblo; y que mandase prevenir raciones y forrages: este oficio devió llegar necesariamente á manos de Marques, y si se hallaba con animo de atacarme, ó esperarme en el Palmar, ó venir á Ocotepaque, donde habria sido batido; pero no lo hizo así, sino que se retiró á Tecama-chalco, y me engañó con su falso retroceso. Por él, y la firmeza con que sostenia Correa la llegada de Ozorno, me arriesgué á ir á Huamantla.

Tres dias estube en su espera; y antes que el asomara, se aproximó la division de Marques, compuesta de su batallon, dos companias de Castilla, y el escuadron de Méjico. Defenderse en el pueblo sin contar con Ozorno, á ocho leguas de Puebla, veinte y seis de Tehuacan, y sin provisiones anticipadas, era un error; al que preferí el de salir á campo raso. Breve nos avistamos; y aunque se formó la tropa en un orden sencillo de batalla se hicieron las tres dibiciones corrientes, de las que se encargó el centro á Terán, la ala derecha al Coronel Sesma, y la izquierda al Mariscal Correa.

El combate comenzó como de ordinario por la artilleria y las guerrillas, y al cuarto cañonazo, ya habian perdido la formacion los enemigos; pero no se tiró mas, por que el lego Ximenes desbarrancó los cañones, no sé por que principio, y se huyó. Terán desamparó el centro, se fué con las guerrillas del costado derecho, y tras él casi toda la caballeria; cuya mayor parte se fugó. El Coronel Sesma dejó el costado derecho por reunirse con los suyos. El Habanero Martinez, que se le mandó distraer al enemigo por el costado izquierdo, se cubrió con una loma, y corrió luego que pudo. Al teniente Coronel B. nabides, que devió atacar la retaguardia no volví á verlo. Solo la infanteria se sostenia con firmeza, y estaba con entusiasmo; pero no podia mandarla abanzar, por que no tenian bayonetas, que son las que deciden de los combates en llanura.

Como tres horas se sostuvo el fuego, y ya pardecaba la tarde, cuando el enemigo asegurado de nuestra situacion, formó en columna y se vino sobre la ala derecha. Ya no me habia quedado otra caballeria que veinte hombres de reserva al mando del valeroso capitán Losano, y unos cuantos de Istapa en el costado izquierdo; [con estos se hizo] un ademán de atacar la columna por su derecha, y Losano se echó sobre la cabeza á la arma blanca, la hizo parar, mató 22 soldados, y dió lugar á que escapara la infanteria, sin mas pérdida que treinta y tantos hombres, y un arriero,

#### DELITOS DE ARROYO, CON LOS DISPERSOS DE ZOLTEPEQUE. TERÁN CO-

#### MIENZA A INTRIGAR Y FIDE EL INDULTO: OZORNO NO OVEDECE LA CONSTITUCION, Y SE

hace independiente: agresiones de la Costa de Sotabento, y desgraciada jornada á Huatusco y Coscomatepeque.

No me cabia el corazon en el pecho inflamado de rabia contra Ozorno, al ver dispersa por su causa una division lucida y valiente, apurados los motivos de division y discordia, cuando pensaba fijar nuestra buena inteligencia, abandonados los del Puente del Rey á una fuerza muy superior, y aumentada la ocasion de que la tierra caliente se revelara, cuando si no me hubiese engañado pude muy bien meterme en Orizaba, cortar algo el vuelo á la mala suerte, y hacerme superior á la rivalidad.

Bien pronto se siguieron á felonía tan salbaje los resultados que se devian esperar. Los desia-

15  
piadados berdegos de Arroyo, y cañaza, cojieron algunos dispersos, que asotaron hasta desmayarlos, sorprendieron á Benabides y llevandolo á Tlamejaque, encontró justicia el gabinete de Ozorno, para mandarlo fusilar, por que se había unido con migo: ocuparon los valles de S. Juan de los Llanos y S. Andres; para cuya posesion, alegaban el derecho de conquista; injusto siempre, y en estos digno de risa.

Se exaltara la insolencia sobre manera, si muy luego no hubiera mandado cerca de cuatrocientos caballos, primero al mando del Brigadier Correa, y despues al de Teran; pero aunque los soldados impusieron miedo á aquellos, este intrigante no trató sino de ponerse de acuerdo; y como sus miras eran someterlos á sí, nada adelantó en su empresa, con unos hombres que entendian por ser libres no sujetarse ni á Dios. El capitán Quiros, y el teniente Póeros, correos de Teran para sus tramas, me abitaron de su conducta tortuosa, yo comence á desconfiar, y el principio á conocerlo, cuanto hubiera valido salir de él, á virtud del despacho que le llegó de segundo de Ozorno! este protestó al Congreso que no lo admitiria, y aquel fué á suplicarme que no lo embiase.

Le di gusto por torpe, y el acobardado mas cada dia por su maldad, repetia con frecuencia, que se le estremecian las carnes de llegar á las goteras de Tehuacan; y cometi6 la vileza de pedir el indulto á Moreno Davis, por medio del capitán Porras, que se hallaba de comandante en Acacingo; y con quien había contraido conocimientos, por haber sido condiscipulo en la mineria.

En seguida llegó la constitucion; la que juré con gusto por dar en ello un ejemplar de obediencia, y no solo la juré, sino que despaché ordenes, y los ejemplares necesarios al Norte, á tierra caliente, y á las mistecas, para que se practicase lo mismo; con todo era tal el empeño en calumniarme, que los mismos que de mí recibieron dichas ordenes, aseguraban que ni yo había jurado, ni queria que se jurase la constitucion.

La obediencia que Ozorno la prestó, fué declararse independiente y sin sujecion, nombrar intendente de Tlaxcala cuatro brigadieres junta de seguridad con otras varias ocurrencias que la partian medio á medio. El me manifestó sus resoluciones con la acta, que remitió original al Congreso, y le contesté indicándole todos los artículos que infringia.

Con este pésimo ejemplar se acaloró la mala disposicion en que ya estaban los de tierra caliente: se tomaron los motriones, que en Coscomatepeque se mandaron fabricar, cojieron lo que remitia á Veracruz para paño, y habes de fusil, A. D. Joaquin Paéz, que me pidió pasaporte para aquel rumbo, lo arrestaron, é hicieron perder cuanto llevaba: prendieron dos correos míos sedujeron é hicieron de su partido al sapatero Montiel, comandante de Maltrata; quien como complice de Aguilar, se hallaba bien dispuesto; escribieron á D. Pascual Machorro; el cual me presentó la carta.

Al Doctor Velasco, que con pasaporte mio se iba á los Estados Unidos, le pusieron grillos, esposas, y cadena, descartandose de este rigor, con el frivolo pretexto de que llevaba tabillas envueltas en una hoja de la constitucion; trataron de ganar al Señor Victoria por el único flanco que podia ser debil, ponderando su comandancia de mas valor que el Reino de Prusia: ultimamente convocaron una junta, con el fin de jurar la constitucion; la cual se efectuó al pie de un arbol, en las cercanias de Acasonica, y en la que en vez de jurar su obediencia juraron abiertamente su infraccion.

Aquella se contrajo á nombrar al Señor Victoria de Teniente General sin deber, ni poder, y no sujetarse á otras ordenes que las del Congreso, el cual por la larguísima distancia en que estaba, ni los podia vigilar ni reprimir, como sabian ya por experiencia. Para ello, expusieron que se necesitaban las rentas de la Provincia; como si alguna vez hubiesen mandado un peso á Tehuacan, que el Congreso había acordado el generalato del Señor Victoria, y yo sofocado la orden, lo cual fué una mentira: por fin alegaron la doctrina política de que los pueblos pueden formar asambleas y en ellas acordar el gobierno que les fuere mas adecuado, y destruir ó modificar el establecido, como si pudiera llamarse pueblo otra cosa, que el voto mas general de una nacion.

Durante el tiempo de estas arengas, se mantubo en silencio el Señor Victoria, y solo dijo al fin, que se hallaba pronto á empuñar la espada contra el enemigo. Yo creo que estaba sintiendo en su corazon lo desatinado de aquella farza, pero se había dejado dominar como un niño, y llevar como una pluma de cualquier viento.

Yn pugne con razones bien solidas, las especies vertidas en la asamblea de acasonica, puse al Sr. Victoria una carta, recordándole los motivos, que de él á mí mediaban de amistad y de gratitud y los muy poderosos con que la nacion instaba por nuestra union, y conformidad de ideas; pero juzgo que ni esta llegó á sus manos, ni aquel papel cruzo de Coscomatepeque.

Si en el Norte, y Sotabento, solo se hubiera tratado de una subtraccion de mi mando, me habría sido indiferente, por que en verdad, nunca me estuvieron sujetos y lejos de sacar algun socorro, gastaba en proveer la ultima de municiones; pero llevando estos Sres. sus conatos, hasta los extremos, que siempre son odiosos y perjudiciales, equivalia el hacerse independientes á la declaracion de una guerra.

Muy facil hubiera sido quitarles los recursos, reforzando los destacamentos de Istapa, y Santa Gertrudis, y obligando á los arrieros á pagar al el peage y alcabala. Tambien presentia yo que los tres corifeos de la discordia no podian permanecer amigos, por ser poco conformes en genio é intereses pero no quise agriarlos, por que ni aspiraba á otra cosa que á la armonia, y el mes de agosto ya entraba, en cuyo fin había ofrecido Toledo llegar con el armamento.

Paseaba la imaginacion por todo el ambito, que ocupaban los insurgentes, y no encontraba otra cosa, que motivos tristes de llanto y de dolor: sin saber por mi parte á que podría determinarme con mas acierto. Conocia que el acoloramiento de la esaltacion devia aumentar la ceguera de los que te habían separado de mí, y que ella no haria otra cosa, que redoblar sus infortunios, con los que tal vez les alumbraría de nuevo la luz, y volverian al centro de la union, único medio de salvar á la patria.

No me engañaran mucho mis racionios, si las urgencias no fueran del momento. Toledo devia llegar pronto con las armas: los corsarios visitaban la costa con frecuencia; y que dirian ellos, que juicio formarían en Orleans de nuestra suma debilidad, y de tan espantosa anarquia; con que con-

16  
fianza nos podian ministrar los auxilios, á que se hallaban dispuestos, y sin ellos cual deveria ser en adelante nuestra fortuna.

Todas estas consideraciones puse en la de una junta que convoqué, sin dejar de advertirles el escandalo, que podria seguirse de marchar á tierra caliente, en caso que allí encontrásemos obstinacion para abrazar un razonable partido. De ella resultó que se devia emprender la marcha con el objeto de conciliacion, y batirnos en caso de necesidad, siendo Teran el primero que votó. Se dispuso en efecto, y todavia en la hacienda de la capilla tuve otra junta de toda la oficialidad, con el mismo proposito, en la que volvió Teran á tomar la voz, arengó por la justicia y necesidad de aquel movimiento y pidió la banguardia.

Son muy difíciles todos los caminos de la falda del Volcan, y mas que otros el de Xacaxomulco que elegi, por que aunque habiamos de penar para transitarlo, no esperaban por él. Con este conocimiento, y la ventaja de que en Chihiquila era el cura mi amigo, y los vecinos mis devotos, ordené al Padre Arruti, y á Matias Moreno, encomendados de todo el cargamento, se dirijesen á aquel punto: ambos eran cobardes, y no se creian seguros, sino iban escoltados por toda la division, y ya al salir esta, volvieron á instarme por ir á la retaguardia.

Les hice ver, que por aquel camino á penas los infantes podrian andar, dandose muchos golpes: que no había peligro por donde los mandaba, últimamente que aunque perecieran debia de ir el cargamento por allí: ellos no creyeron y por lo mismo no me obedecieron; de que resultó, que á las dos horas los víveres, las municiones, la artilleria, los equipages, y las mulas se habían desbarracado.

Los mismos que escoltaban el cargamento se pasaron con los de coscomatepeque, para volver á zohar los equipages; y como era imposible guardar formacion en aquel terreno, cogieron tambien algunos dispersos. Corral, y el cura, persuadieron al pueblo de Huatusco, que iba á sufrir una suerte funestisima, porque yo estaba de acuerdo con los del rey, se valieron de esterilidad, de mandar sacar los santos de la parroquia, y segun oi decir, se mandó el cura á Nuestro Amo á las tres de la tarde, con estos aparatos asoraron á los vecinos de tal modo, que no quedó uno, y con ellos y lo acontecido en el camino se insolentó la gabilla de Coscomatepeque, hasta el grado de que una abanzada llegó hasta las orillas de Huatusco é iba á llevarse unos caballos. Teran, que aparentaba quererme agradar, se brindó y fue con un piquete á perseguirlos: habló con Montiel en secreto, y dicen, y yo creo que desde allí quedaron convenidos en la traicion.

Eran pocos y muy despreciables los que estaban en Coscomatepeque mas si se les daba á conocer nuestra flaqueza, retirandonos, pudieran causarnos grave daño, favorecidos de las barrancas y bosques: por esto salí al dia siguiente á recorrer la barranca de Jamapa con tres compañías incompletas de infanteria y cosa de 40 caballos de los de Istapa, y no pudiendolos provertir de mas que diez cartuchos por soldado.

El malicioso Teran, me obligó á pesar de mi resistencia á separar la compañía de su íntimo confidente el lego Arévalo, con pretexto de ir á buscar los pertrechos, de que ya no había esperanzas; Ah! si este lego no hubiera pagado con la muerte su vida criminal, sabriamos con mas exactitud, las pérdidas tramas de Teran contra el Señor Rayon, contra Sesma, contra mí, contra el Congreso, y contra cuantos podian ser superiores á él.

Llegada la division á la barranca comenzaron los del otro lado con su acostumbrada simpleza á dar voces, y levantar polveros; mas simple yo que ellos en esta vez, me deje arrastrar de los impulsos de la cólera que son siempre insensatos y estimulado de la conocida superioridad de mi tropa, dispuse atacarlos. Bajé al fondo de la barranca resistiendo los fuegos que nos habían emboscados del lado opuesto: el rio no estaba crecido: no había mas puente que un arbol cruzando los mas soldados á gatas, pusieron en fuga á los contrarios.

Todo coscomatepeque lo vió entrar en precipitada carrera. Con 40 caballos que hubieran pasado el rio seria cabal la derrota y si se hallara un oficial que reuniese á los infantes, se habrían retirado en buen orden; pero todo se conjuró la agua inutilizó las casucletas para poder disparar los pocos tiros que restaban; no hubo modo que la caballeria cruzase, ni aunque bájase el rio, y cuando los enemigos reanimados ya, de ver que no había fuego, ni quien los persiguiera volvian sobre los míos, Teran, ó irresoluto por sus maquinaciones estaba disputando si debería pasar. Una reprehension mia los decidió, dándole para el intento á Teran el mejor de mis caballos, mas fue ya tarde, y la desalmada canalla envolvió á la infanteria, y mató con furor luciferino. No hai vil que no sea implacable con el impotente y rendido.

SE COMBOCA UNA JUNTA PARA ACORDAR LA ARMONIA: TERAN CON-

SUMA SU TRACION: TRABAJOS PASADOS EN DIFERENTES PRISIONES: ME LIBRO PRODIGIOSA-

mente de los que me iban á asesinar.

En vista de los acontecimientos ya espresados, no quedaba otra esperanza á la patria, que desesperar de su salud: porque no se crea, como dicen que la avercion era á mí, sino á todo el que mandara; porque algunos ya se habían hecho el ánimo de ser soberanos, y todos tenían grandes miras de ambicion, y de codicia; sin embargo, por si fuese lo primero, tenté el último recurso, y comboqué á los

1020002338

empleados militares y políticos á una junta para el diez y siete de Agosto de 1815.

Me proponia en ella, ponerles á la vista el lamentable estado de nuestra suerte: y que en esa virtud sugiriesen arbitrios para la conformidad de operaciones, en las diversas comandancias que existian; en inteligencia de que si consideraban necesaria mi remocion, nombrasen otro en mi lugar, y me retiraria con una escolta a la Hacienda de S. Francisco.

En el plazo intermedio para que se verificase la indicada junta, cruzó con direccion á Orleans el Excmo. Sr. Herrera, actualmente ministro, de quien fundadamente esperaba coadyubaria á mis miras liberales: porque se habia manifestado mi amigo, durante el tiempo de la revolucion, tenia una investidura de importancia, traia parte de mi equipage dejado en la hacienda de los Laureles, y tenia dos hermanas en Tehuacan; á quienes daba yo casa y mesada para su subsistencia. Con todo, creyó mas al temor que le induxeron algunos enemigos míos que necesitaban buscar en la mentira un velo para sus crímenes, que á las constantes pruebas de adesion, que yo le di en el curso de mas de tres años.

Conocia yo cuanto importaba en aquella crisis fatal la presencia del Sr. Herrera, y de su Secretario el Lic. Zárate; por esto mandé una partida que les instase por su visita en Tehuacan, la cual no los alcanzó, y solo conseguí con este paso adelantar el de la maledicencia, que divulgó iba á prenderlos. Me parece que hasta hoy dura ese error pero existen muchos de los que fueron en la partida, algunos criados de mi casa, y varios vecinos de Tehuacan, que vieron y supieron los preparativos, para recibir á aquellos señores con decoro y amistad.

Este desaire, desconfianza, o desprecio de los vocales hecho á la vista observadora de los insurgentes, aumentó necesariamente su aliteria é insubordinacion, y dió brío al traidor Terán, que asechaba de mucho tiempo atrás un momento favorable, y que se hallaba inquieto con motivo de la junta; por que sabia que en caso de admitirse mi dimision, no contaba con los sufragios de la oficialidad, para que ocupase mi puesto.

La comandancia de Montiel en Maltrata, y la de Luna en Istapa, están demasiado proximas á Tehuacan para tenerlas de enemigas en cualquiera situacion. Aquel se habia desidido ya como queda antes espuesto, y á Luna lo contemplaba en visperas; tanto por que su gente no encontró al combate en Xamapa, y fue á dormir con el enemigo á Coscomatepeque, cuanto por que estando muy inmediato al otro, habia de contaminarse.

No era cordura so juzgarlos por la fuerza, que entonces hubiera enviado contra ellos no á Terán, sino á Fiallo, militar valiente, y fiel: cualidades de que el otro carecia. Ah! no puedo mentar á este sin conmovirme. Benemérito Fiallo, tu memoria me será tierna mientras viva, y tu joven esposa, tu anciana madre, tus serbios mímos clamaron sin cesar desde el fondo de su silencio por el castigo de un hombre, que sin autoridad te sacrificó á su temeraria ambicion; tan impiamente, que á los doce balazos pedias por Dios te atravesaran el corazon con un puñal. Pero obidemos tan fúnebres recuerdos, mientras refiero otros acontecimientos.

Mis conatos, para la expedicion de Istapa, y Maltrata, se ceñian á establecer un destacamento en este último pueblo, para impedir las correrias de Montiel, y á traerle si era posible á la subordinacion; para lo que daba esperanzas Terán refiriendose á lo que le habia platicado en Huatusco: disipar las desconfianzas de Luna, hacerlos concurrir á la junta, para que se penetrasen de los sentimientos de mi corazon, y en caso de una resistencia absoluta dejar el país asegurado.

Para esto creí mas á propósito un hombre como Terán, acostumbrado á simular sus afectos, y á contrahacer sus modales: al intento le di mas de doscientos caballos, y le dixé al despedirse, baya V. á darme la última prueba de su buen porte, ó consumir su traicion: eligió de buen grado lo segundo; y para ello después de acobardar mucho á Luna, y ofrecerle un recurso, para que se libertara del castigo le leyó un oficio fingido, en que suponía insinuarle por mí de cabos arriba, habian de ser fusilados todos los de Istapa. Y bien señor, le replicó el otro, cual es el medio con que hemos de libertarnos. No hai otro le respondió este, sino que prendamos al general, y ya se deja entender que Luna vió el Cielo abierto, y no tardó en comprometerse.

No podia pasar el mismo estratagemá con los demas que de Tehuacan sacó, y á ellos les dijo que los pliegos que habian visto llegar de Coscomatepeque [ correspondencia de su confidente Arévalo ] era una orden del Congreso para que me prendiesen, remitida por los vocales, que estaban en aquel pueblo, y que aunque lo sentia mucho era imposible dejar de obedecer. Como habian visto que los vocales se desdenaron de pasar á Tehuacan, dieron algun assenso á la mentira; y preparado con ella me sorprendió aquel traidor, á las tres de la mañana del día 20 de agosto.

Parece increíble que me hubiese adormecido en tan imprudente confianza, cuando tenia tan seguros antecedentes de la perfidia, pero como ya he confesado no tenia mundo, no podia preveer el modo y me parecia muy remoto el momento en que iba á dar una prueba de mi generosidad y desinterés. Las acciones cuando son muy indignas, no pueden creerse hasta que se palpan.

Siguiéronse á tan infame tropelia las consecuencias que son forzosas á todas sus iguales, que es la exaltacion de los malos y la ruina de los buenos. El Lic. D. Rafael Arguelles, y D. Martin Andradé tuvieron que salvar la vida indultandose, Guebara, y Poseros practicaron lo mismo con otros veinte y tres hombres. El coronel Sesma fue puesto en capilla; y aunque pudo fugarse quedó su division y su influjo tan debilitado que no pudo evitar las desgracias, que le siguieron. El Dr. Velasco, fue vestido al ataque del Rosario, con pantalon y chaqueta de municion; prendió á muchos, mató á otros, dió grados y empleos á los hombres mas detestables, y consensó á ser moda y honor el indultarse, ¿si soñaria este tiranuelo que le venia del cielo su potestad?

Su conducta con respecto á mí habria sido fueirme, pero el creia como de que otros habian de hacerlo, y se quitaba de encima el cargo, que aunque remotamente aguardaba del Sr. Morelos. Por otra parte, como el se figuraba que todos se le habian de someter, cual obejas, pensó ganarlos, ofreciéndome de presente: así es que entregado á Luna, fui conducido á Huatusco, donde me pusieron grillos y sentinela de vista. Muy cerca estaban los Dns Herrera y Zárate, de cuyo favor esperaba yo mucho,

y no logré mas que una visita de este último, en la que me aseguró que nada podian hacer por que estaban muy desairados.

Cansados de mortificarme, y no pudiendo dar salida, á la instancia que hacia, para que se manifestase un proceso, me dirigí con Terán, para que él como autor, respondiese de sus atentados. Si yo hubiera llegado á Tehuacan, la infanteria decidiera bien pronto la cuestion, pero se me desvaneció en Istapa, y de allí me llebato á S. Andrés, el malbado machacano Ortega, y el Benemérito Ordoño, que habiendose alistado en Oajaca tuvo el Sr. Morelos que mandarlo á presidio inmediatamente, á pedimento del Intendente de Ayuntamiento. De este calibre poco mas ó menos eran los protegidos de Terán. En un viaje que hice á Oajaca me acordé de los señores que me habian acompañado. De aquel punto fui entregado á la partida del monstruo de maldades Calzada, la que me tuvo atado de pies y manos toda esa noche en la hacienda de Zacatepeque, y al día siguiente, poniendose aquel á hacerme cargos en San Juan de los Llanos, como yo le respondiese en el órdea, me disparó un pistoletazo tan cerca, que la pólvora me quemó un lado de la cara, y las balas me cruzaron rozando entre el brazo derecho y las costillas.

Trasladado pues á Atlamajaque, luego en el saguan me presentaron el obsequio de dos pares de grillos atravesados. Al otro día se presentó Ozorno Ten de Cabalzo, excusandose con la ignorancia disculpada de que no sabia que yo era: me quitó por sí mismo los grillos, y me destinó dos cuartos para vivir con libertad. Esanchado mi espíritu con este proceder, qual era el crimen que se me imputaba, y se excusó con que nada sabia, sino que Terán me mandaba allí, y que no se consideraba capaz de juzgarme, por lo que su propósito era remitirme al Congreso.

Diez ó doce dias, estube en aquella hacienda en donde advertí que Ozorno no era de tan ruin alma, cuanto falto de educacion, y dominado por pésimos satellites. Yo debia aprovechando la ocasion haberme de aquella hacienda, pero me dejé engañar nuevamente de la llebada al congreso: el cual decia yo cuando no venia como corresponde, las maldades de Terán es imposible que deje de atender mis trabajos y servicios.

Al cabo del indicado término, me intimó Ozorno, que ya era fuerza marchar, que no se habia verificado antes por falta de dinero; y que aunque en ese dia no tenia mas de cincuenta pesos que me dió puse en mis manos dos oficios, uno para Inclán, y otro para Vicente Gomez, en que les prevenia me escotaran y franquearan todo el dinero que tuvieran creyendome en libertad. Luego que llegué á San Agustín Tlaxco, me fui á comer á casa de Cuna; en donde supe que Inclán, habia marchado de auxilio á San Andrés, y de consiguiente el oficio era insusrito; y aparente: ademas de esto, fueron en el instante á llamarme, y trasladandome al cuartel me pusieron un sentinelá, de cuyos hechos inferí la mala fe con que se me trataba, sin embargo el Patán que allí estaba, me dió diez pesos.

De Tlaxco, me llebaron á dormir á un Rancho desierto, junto al pueblo de Españita, donde me conductor Bonilla, y sus compañeros se atendieron á la larga, y los embargó un sueño pasadísimo. Yo me pasé toda la noche fluxuado en mil angustias. Sin duda decia yo que soy victima de la barbaria de estos insensatos, muchos de ellos han perdido los dulces sentimientos de la piedad. La insurreccion es imposible que prevalezca con semejantes espantos en que la mito: yo me debo escapar. Pero el indulto, consecuencia forzosa de mi fuga es una vida de desgracion; y si estos no me quitan la vida, mi suerte ha de ser menos amarga que en un Gobierno que me aborrece, y que es tan tirano como falso. ¿Qué dirá el gran Morelos á quien debió mi existencia y mi fortuna? Varias veces salí fuera del patio, y volví á retroceder hasta que me resolví á gustar los infortunios que aquellos me causarían.

A la mañana siguiente fui presentado al tribunal de Vicente Gomez, en cuyas manos puse inmediatamente el expresivo oficio de Ozorno, en vista del cual me ofreció, que en hora buena ministraria la escolta y veinte y cinco pesos únicos que tenia. Estando en estos, le entregó otro pliego mi conductor, y observé que mudó aquel de semblante, habló muy pocas palabras en el resto del tiempo, y me despachó á un Rancho que está dentro del monte, donde ya el sentinelá no me dejó salir fuera del umbral.

Por no empezar á morir antes de tiempo, pase parte de la noche con el capitán Búchis, que estaba allí de prisionero, y un Padre Agustino que hacia de capellan, ponderando en mi interior la desgracia de aquel, y la falta de remedios en este, para vivir entre tan desalmados forajidos. Después de las once de la noche entró como á escondidas un soldado, que habia servido á mis órdenes y me dió un trusco de pan frío, yo se lo devolví dándole gracias, y se me repitió llorando « Señor, nada le han de dar á V. estos, y yo no puedo adquirir otra cosa. Mi pecadumbre era mas que mi devilidad, y no pudiendo pasar aquella cena, me tendí á meditar en la muerte que me darian.

A poco de que rayó la luz, llegó Colín con un pariente suyo, y seis hombres hábiasandome que ellos iban á escotarme, y me montaron en un caballo que apenas se meneaba, á fuerza de los azotes que le iba dando uno destinado á este fin. Retrocedió Colín el grande, como á las dos leguas, y quedé con los otros seis á quienes pregunté, cual era el término de nuestra marcha; dijeron que al destacamento de Milpa Alta, y sin embargo de que nunca habia oido semejante parage, los doceos me inclinaban á dar assenso á sus mentiras; aunque siempre dudando.

Contra la voluntad de aquellos sayones tomé un huevo y dos tortiyas en Río frío; desde cuyo parage se apartó con un baulito, en que iban los sesenta pesos de Atlamajaque y Tlaxco, y los poquísimos trapos que me restaban. Pregunté por la causa da aquella demostracion, y contestaron que se iba á reunir á milpa, porque la jornada era larga. Poco después de las oraciones, estabamos en un Rancho inmediato á venta de córdova, donde después de beber pulque, se apartaron á dividir mis despojos, anenos pendiente de Colín que me llevó á una barranca muy lóbrega, donde creí trataran de asesinarme: fue así, sino que cansado de chiflar á sus compañeros, y yo de hacer impetus de abogado, ví de arrepentirme; atendiendo á la estenuacion suma en que me hallaba, por el cansancio del caballo, falta de

alimento y vigilijs, salimos por la venta á la llanura, donde nos alcanzaron los demas. Guiaron para la hacienda de la compañía, y habiendo llegado á un sanjón á la orilla del rio, me intimaron que me apease, porque no podian cruzar los caballos: lo hize en efecto, y tras de ellas quedando los otros cuatro formados al otro lado del sanjón. En el momento me mandaron arrodillar, para quitarme la vida: pregunté de orden de quien, y contestaron que del diablo: ese es vuestro gefe les replique. Compadecidos entonces de mi pobre vestido, dijo uno al otro, no, que se desnude para que no augeremos la ropa.

Obalecí tan discreto acuerdo, y danle á uno el sombrero, y la manga al que me intimó la sentencia, le arrebaté la carabina por la culata él se colgó de la llabe; y aunque gritaba que me dispararan, los otros no lo hicieron, quizá porque con la obscuridad, y movimientos del forsejo, recelaban darle á el. Por último le di una patada en los testiculos, lo tiré boca arriba, y stravesando el rio me metí en una milpa, que era verdaderamente alta, como me habian anunciado. Esta, y la lobreguez de la noche, me pusieron á salvo de aquellas infernales harpias,

CARITATIVO ACOGIMIENTO, POR EL CURA DE IXTAPALUCA: IMPE-

TRACION DEL YNDULTO: AVISOS DADOS A SEÑOR GERRERO DE LA TRACION DE TERAN:

ofrecimiento hecho á Sr. Iturbide y su oficio de contestacion.

Largo rato anduvieron aquellos enemigos buscandome por las melgas, y yo unas veces á gatas y otras parado fui atravesando betanas asta salir auna hacienda que está al Sur de donde terci al poniente, y despues de darme mil golpes por el barro, y la devilidad de mis miembros, oi el ladrido de un perro que me parecia mas dulce, que todas las composiciones de Haiden y la melodía Orfeo.

Apoco, devisé una pequeña ermita, y la casilla de un indio, que supe ser el barrio de San Blas. Entrado en aquella chosa me calente un rato en la umbra, le conte al dueño que era Padre y le suplique me mentase varios pueblos, con el objeto de ver si podia unirme con Gonzales; cuyo buen caracter habia experimentado, y hechole algun favor á mi transito por el Texcale; pero á todos los que mencionaba, devia irse por Chalco ó por la compañía: temia la guarnicion del primero, y recelaba de mis verdugos en la otra, por estar un hermano de Colin sirviendo de mayordomo.

Le dixé que cambiara de rumbo, y nombró á Istapaluca, instruyendome de su distancia y direccion, á donde lo hize que guiara en el momento, para llegar antes de amanecer; ofreciendole seis pesos Asepró gustoso mi buen amigo; y cubriendome con una frezada suya, y un sombrero de tule, hicimos nuestra marcha cual se deseaba. Cuando llegué á aquel pueblo, ya me faltaba el aliento, y creia perecer.

Salió el cura, y sin otros arengas, le supliqué me diese en que recostarme, que despues sabria mi historia; lo hizo con agasajo, y generosidad: dormi mas de dos horas, y me levanté á contarle parte de la tragedia y rogarle que pagara á mi indio, cambiando una onza de tres que me regaló D. Pedro Espinosa, en Atlamsaque, y cinco D. Manuel Breton. *(pero se estaba desmintiendo)*

Soio el entorpesimiento en que estaban mis potencias, y el sumo abatimiento de mi espíritu, me hacian no manifestar todo el gozo, y gratitud que senti en mi alma, por tan buena acogida como me dió aquel santo hombre; el cual sobre sensible, era tambien instruido en su obligación, en la historia de esta América, e insurgente liberal.

El manifestaba sentimiento de que yo me indultase: me ofreció su proteccion para Colin, la que no podia aceptar, como que su pariente y soldados iban á ser mis asesinos; el se tomó la molestia de investigar donde se hallaba Gonzales, pero de dos correos que al intento se pusieron, uno volvió á decir que ya lo habian matado los patriotas de Ameca, y otro que estaba hasta Tenancingo.

Perdida de esta suerte toda esperanza, fue necesario acogerse al indulto, á cuyo fin escribí á D. Manuel Perez Secretario entonces del Señor Arzobispo, condiscipulo mio en filosofia, y émulo de nuestras glorias en aquella carrera. Yo hacia merito en la carta de aquel aparente indulto pedido con Tarelo, y como me diese verguenza, que viera semejante especie mi bien hechar, porque no estaba en situacion de persuadirle la verdad de los hechos atrasados oculté de su vista el contenido de ella. Per síbi que extraño este procedimiento, poco conforme con su franca hospitalidad, y llegó á recelar segun me dijo en el Arzobispado, que mi fuga habria sido comprada con dinero.

En la carta citada proponia por condiciones, que habia de quedar á nivel con los demas ciudadanos, que nunca hubiesen sido insurgentes; que no se me habia de tomar declaracion sobre cosa que cediese en perjuicio; de tercero, que las preguntas que sin aquel caracter quisieran hacer, habia de ser por escrito y las contestaria de la misma manera. El mismo Señor Arzobispo mando decirme que salia garante de la aceptacion de mis proposiciones, y que su coche de cámara iba á esperarme á San Lázaro.

Con esta salva guardia, entré en Méjico, el trece ó quince de octubre á vivir en el Arzobispado; donde ya me tenian piezas dispuestas, y donde tanto tuve que agradecer, y que admirar del Sr. Arzobispo, como que sentir de mi condiscipulo el Señor Perez. El divulgó en Méjico y escribió á Puebla, que me habian conseguido la gracia del indulto, á la sazón que concia el novenario de un hermano *(ya fusilado)* siendo así que antes le liberté la vida dos ocasiones; la primera en Chalchicomula, *(cuando en Huatusco, logrando amansar á Arroyo para que se lo despachase á su muger á que le cantaba)* *(ya que desempeñaba no mal)* con el objeto de que se fugara como lo verifiqué, y volviendo á caer en el destacamento de Ishuacan pereció cuando la gente del norte, llegó á sorprender á Fiallo.

Sease por que dicho Sr. estaba imbuido en el error de su hermano, ó no se que principio se es-

cusaba tanto de hablarme, que cenando juntos todas las noches, se fioja enfermo ó distraido, para no proferir mas que tal cual palabra. Una noche que despues de barias instancias volvió á urgirme D. Ramon de la Roca, para que eligiese el destino que á nombre del Virrey me habia ofrecido, vi en el espejo, que le hacia señas, para que nada me dijese.

Ultimamente, habiendole suplicado posteriormente interpusiese su respeto para que D. Francisco Pelaez patriota de Ameca me pagara dos mil pesos, se tomó la obligación, y contestó pintando mi estado con tan tristes borrones, que desde entonces entendí el espíritu del gobierno, que muriera de pesadumbre, y de miseria. Y á fe, que por poco lo consiguen.

Habria pasado cuatro ó cinco dias de mi llegada á Mexico, cuando para el completo de mis desventura, cojieron al Sr. Morelos; y hubo mordaces que me atribuyeron este desastre tan doloroso para mí, como sensible á la nacion. Si el encono y la maledicencia, raciosinarán, acordarian que yo llebaba dos meses de estrechísima prision, en la que no podia saber los movimientos del Sr. Morelos, no digo tan detalladamente cual se necesitaba, pero de ninguna manera: se informaron de que á mi llegada á la Cierta tenia el gobierno repetidas noticias de Valladolid y otros puntos, sobre la marcha de la junta, y de aquel herce; sabrian que los brigadieres Armijo, y Concha, tenían ya puesta la linea, y asechaban los pasos del mescala.

El Sr. provisor podrá decir que no quise declar en aquella odiosísima causa, y reproché con desaire semejante tentatiba. Todo el pecado que cometi en esta parte fué que contestando á las preguntas, que por escrito se me hicieron, dije que su valor era insensibilidad, y que los del Congreso trataban de mandarlo á Caracuaro á decir misas. Mi situacion, no era para hacer un panegífico; harto conservé en ella mi caracter.

Trasladado de Mexico, á Puebla: por provi ion de los sucesos, y conocimientos de las miras de Teran, puse correo á D. Antonio Sesma, y al Lic. D. José Maria Ponce, para que se fugaran, ó predicaran á Teran; por que de lo contrario esperaba la junta tristes consecuencias: llegó el correo el mismo dia que fue sorprendida, y desarmado el Sr. Bravo; pero siempre mi embiado concurrió con D. José Maria Ponce, y habrá dos que depongán de este serbicio.

Destruído ya el Congreso, pensó Teran en una Trinidad, que le llamó poder ejecutivo, compuesta del, y los Sres. Alas, y cumplido: nombró tambien vocales para un Congreso, los cuales lo desairaron; y las otras dos personas, mirandose impotentes, y sin igualdad, dejaron al padre aislado, y renegaron de su divinidad. Desapareció tambien, la pretendida sumision de los otros gefes insurgentes, figurada no mas en el delirio de su orgullo, y cuando el repetia en castellano, porque no sabe latín, *Cesar aut nihil* le contestaron de la tierra caliente con una pintura del Sr. Victoria, que decia al pie, *in utroque Cesar*.

Desmaliadas sus esperanzas, echó mano de las armas viejas, comenzó á entretener al gobierno, y á buscar lances en la campaña, para que si estos eran ventajosos hacerse respetable en la insurreccion, y si adversos, tener buena acogida en aquel. Yo mismo no podia comprender como estaba colectando sin dificultad, una gran contribucion, que impuso á todas las haciendas de las subdelegaciones de Tepeaca, Tehuacan, y Tepeji, cuando una compañía de dragones podia haber impedido la mayor parte, y varios contribuyentes lo pidieron así, hasta que me desengañé por el siguiente pasaje.

Habiendo mudado en seis mil pesos á tres vecinos de Tecali, embiaron estos á D. José Maria Gonzales á rogar al Sr. Llano, que mandara un piquete de caballeria: con protesta de ceder a favor del erario los seis mil pesos: no dió esta otra respuesta que la de bien hai verenos. Llegó el caso de cewir el dinero; por el que no fueron mas que catorce hombres, y habiendolos detenido con astucia para el siguiente dia, estuvo en la noche el referido Gonzales, asegurandole que estaba pronta aquella cantidad, y que repetian su promesa de cederla; con tal que fuesen unos cuantos soldados; á los que tambien alludarian los vecinos: y contestó D. Ciriaco, que diesen á los insurgentes los reales, por que no tenía tropa que mandar.

Me chocó semejante resolucion, y no pude menos que decir á dicho Sr. que la extrañaba; á lo que me satisfizo diciendo „deje V. que ese se va á largar.“ Dudoso de semejante enigma, fui á visitar á mi faborecedor el Ilustrísimo Sr. Aranzibia, y contandole el pasaje, me descubrió que Teran iba á embarcarse, y dejar á los insurgentes. Con este designio, ó con el preparativo de este engaño, emprendió marcha á Guasacualco; cuyo mapa y derrotero cogió en mi hand. Se estrabrió en el camino, fue á dar á la Playa Vicente, y Topete le trastornó los planes.

Volvió, y comenzó de nuevo sus trapazas: dos veces se trató de atacarlo, y tantas se prescindió con esperanzas. Por fin hizo decir al gobierno [creo que por medio de D. Vicente Embides] que no se atreva á escribir, ni á proponer cosa alguna á los insurgentes; pero que el los entregaria sin que lo conociesen. Serciorado de esta noticia, y sabiendo por otra parte, que estaba agotando los viveres de la fortaleza, y consumiendolo el perrecho, mandé dos ocasiones á D. Luis Paz, que lo hiciese entender al Sr. Guerrero, previniendole en la segunda, que si el no podia impedirlo me mandase cuarenta hombres.

Emvié por tercera ocasion al padre D. José Suso, y despreciada tambien esta noticia, llegó el caso de que Teran se entregase el batallon de Bracho, y escribiera á todos los insurgentes que siguieran su ejemplo: siendo así que el citado coronel lejos de llevar orden de batirse, se le dió, [y yo la vi] para que ni cruzara por Tehuacan; y que huro mucho tiempo, mil motivos, y avisos para meterse en la fortaleza. Así concluyó un solo hombre la insurreccion, que mas de cuarenta mil soldados no pudieron extinguir.

La descarada mala fe del gobierno: sus depravadas intenciones respecto á los indultados; y una dura priso me me condenaron sin causa, me redujeron á una vida misántropa, y á elegir el campo para mí contando para mantener á una familia numerosa, y arruinada por mis servicios á la patria, mil pesos que á rédito me dió Ser Mariana Gavito, y poco menos que el padre de mi muger me *(me)*

Se enares, y puede que millares de personas están cercioradas de esta verdad; con todo, no hai cosa



21  
mas cacareada por esos mundos, sino que tengo docientos mil pesos. La impostura ha derramado sobre mí, cuanto es capaz de producir la odiosidad, y de cercenar la compasion. El dolor es que no asierte en aquella parte; que entonces me estuviera burlando de mis rivales, y haciendo una vida filosofica adecuada á mi genio y á mis trabajos.

Ningun motivo habia para ocultar en la actualidad, cualquier capital que tuviese: perdi mas de diez mil pesos, mi carrera, y enlaces para servir á la nacion: mi sueldo fue pan de lágrimas: mis hijos mendigaron la subsistencia de su abuelo: a ser de quien podia esperar algo, le robaron entre insurgentes, y realistas mas de cincuenta mil pesos: mis hermanas . . . ¿pero á que fin molestarme en convencer á la malicia?

En el estado ya dicho sonó el grito de Iguala; y aunque hirió toda mi alma, se dió á muy larga distancia de mi residencia, y no tenía que dejar á mi familia para marchar en persona á presentarme, á mas de que considerava que solo, de poco podia servir. Asomé despues el brigadier Herrera; en cuya ocasion pude haber levantado mucha gente; pero se dijo, y no sin fundamento, que se veia con desden á los primeros insurgentes, y temi á mas de eso que reclamandome el título, habia de ser un principio de disgusto. Tampoco se encontraba un hombre de confianza con quien escribir, hasta que el favor de un amigo me lo proporcionó, y habiendolo encontrado al Sr. Iturbide en Arroyo Zalco, contestó lo que copio.

Quedo impuesto en la relacion de los servicios, que ha hecho V. á la patria, y que me ha re-mitido por conducto de D. Miguel Montiel. Lo quedo igualmente de que no habiendose apagado el fuego que en otro tiempo lo estimuló á sacrificarse por tan sagrado objeto, está dispuesto todavia, á coadyuvar en cuanto esté de su parte al buen éxito de la causa nacional, que defiende el exercito de mi mando. Le doy por ello las debidas gracias; y haré de su oferta el uso que convenga, á los honrados, y patrióticos fines, con que me significa su buena disposicion.—Dios guarde á V. muchos años.—Arroyo-Zalco 16 de junio de 1821.—Agustín de Iturbide.

Por esta ingenua relacion advertirá el respetable público, que en todos tiempos, en todas ocasiones, y circunstancias he estado decidido á servir á mi patria, sin que me arredren trabajos, desventuras, y peligros. Verdad es que de mis sacrificios no saco grandes ventajas, porque anduve un camino lleno de abrojos, y surqué un mar todo de escollos: la culpa fue de los tiempos, y si erré fue por torpe, no por mal intencionado.

La serie de los acontecimientos indicara tambien á la sublime penetracion del tribunal á que me acojo el origen obscuro de las enemistades, la fuente y direcciones de la maledicencia, de la calumnia, y de la emulacion. Tal vez ahora se exaltaran en algunos esas pasiones, y abortarán sus cabezas dieterios y sarcasmos. Pueden estar seguros que si escribieren por lugares comunes no les contestaré: no hay tiempo, ni dincio que poder gastar en tan odiosa tarca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



